

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



CUANDO ELLA ES LA OTRA

Edición de Óscar Barrero

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “Cuando ella es la otra”:
Óscar Barrero Pérez.

CUANDO ELLA ES LA OTRA

FARSA EN TRES ACTOS

Esta obra se estrenó en el teatro Comedia, de Barcelona, la noche el 27 de febrero de 1951, con el siguiente REPARTO:

<i>Verónica</i>	CARMEN CARBONELL
<i>Patricia</i>	ANTONIA MAS
<i>Mercedes</i>	CONCHITA BARDEM
<i>María</i>	CELIA FÓSTER
<i>Pepita</i>	CARMEN VILLA
<i>Elisa</i>	CARMEN ROMERO
<i>Gabriel</i>	ANTONIO VICO
<i>Bobby</i>	JULIO SANJUÁN
<i>Damián</i>	JOSÉ ALBURQUERQUE

En Madrid, se estrenó en el teatro Infanta Isabel, la noche del 12 de abril de 1952, con el siguiente

REPARTO

<i>Verónica</i>	CARMEN CARBONELL
<i>Patricia</i>	JULIA MARTÍNEZ
<i>Mercedes</i>	REME SORIA
<i>María</i>	MANOLITA HENCHE
<i>Pepita</i>	CARMEN VILLA
<i>Elisa</i>	CARMEN ROMERO
<i>Gabriel</i>	ANTONIO VICO
<i>Bobby</i>	NICOLÁS D. PERCHICOT
<i>Damián</i>	JOSÉ ALBURQUERQUE

Decorados de REDONDELA
Dirección de ANTONIO VICO

ACTO PRIMERO

Una pequeña estancia, «living» o saloncito en la casa de una mujer joven que vive sola. Todo tiene un cierto mimo un poco anticuado. Una gran terraza, al fondo, con tiestos y mucho sol. Una puerta, a la derecha. Otra, en el chaflán de la izquierda. Hay un suave desorden, como si algún acontecimiento agitara la casa. Un enorme baúl-armario y varias maletas.

(Patricia, una muchacha joven y bonita, con aire casi escalofriante de inocencia, está sentada tranquilamente en lo alto del baúl. Mercedes y María, dos doncellas, arrodilladas en el suelo, rodeadas de maletas, están haciendo el equipaje a las órdenes de Patricia)

PATRICIA.—Deja eso, ahora. Lo confundes todo. Los peines, el cepillo y la pasta de los dientes en el «neceser». Las zapatillas, en la bolsa de mano. ¡Ah! No te olvides de la máquina fotográfica. No se puede hacer un viaje a París sin máquina fotográfica. En esto, París se parece a La Granja...

MARÍA.—Sí, señorita.

(Sale María, llevándose una maletita y algunas cosas más. Mercedes alza la cabeza y se queda mirando a Patricia, embelesada)

MERCEDES.—¡A París en un viaje de amor! Como en una novela. ¿No está un poco emocionada la señorita?

PATRICIA.—¡Ay, sí! ¡Es el ideal de toda mi vida! Siempre soñé con un hombre que me hiciera el amor en París... Pero me ha costado muchísimo, no creas. Porque el señorito Gabriel quería ir a Zaragoza.

MERCEDES.—¡Qué barbaridad!

PATRICIA.—Como lo oyes. *(Transición)* Pero, mujer, ¿qué estás haciendo? ¿Vas a poner el retrato de Federico entre las toallas? ¡Mi pobre Federico! Los retratos, todos juntos en la maleta pequeña. Me gusta tenerlos a mano...

MERCEDES.—*(Con prudente escepticismo)* Pero, señorita... ¿Al señorito Gabriel le gustará que la señorita lleve en el equipaje los retratos de los otros señoritos?

PATRICIA.—Sí, mujer. El señorito es muy discreto. Además, yo no puedo ser ingrata con los otros señoritos. Fueron todos tan buenos, tan generosos conmigo...
(*Muy dulcemente*) No podré olvidar nunca sus nombres: Federico, Pascual, Ricardo, Rafael, Paco y Miguel...

MERCEDES.—(*Que ha ido contando con los dedos*) ¡Seis! Falta uno.

PATRICIA.—(*Con sincera preocupación*) ¡Ay! ¿Dónde se habrá metido?

MERCEDES.—¡La señorita se olvida de don Roberto!

PATRICIA.—(*Enternecida*) ¡Oh, sí! Pobrecito Bobby... No sé por qué. Pero el último siempre se me olvida.

MERCEDES.—¡Pobre Don Roberto! Hace un mes que la señorita terminó con él y todavía llama todas las mañanas para saber si la señorita ha pasado bien la noche. Y, como es tan caballero y tan fino, siempre, siempre pregunta por el señorito Gabriel.

PATRICIA.—(*Se enternece ligeramente*) ¡Qué delicado es ese pobre Bobby!
(*Transición*) A propósito. ¿Ha devuelto la llave?

MERCEDES.—Todavía no, señorita.

PATRICIA.—¡Ah! Pues, eso no me gusta. Como al señorito Gabriel ya le he dado la otra llave resulta que, en cualquier momento, se pueden encontrar aquí los dos. Y eso, sí que no. Parecería que yo soy una cualquiera... Y a mí, lo que me importa es mi buen nombre.

MERCEDES.—(*Bajito*) ¡Señorita! Ahora que estamos solas. ¿De cuál de todos los señoritos se acuerda más la señorita?

PATRICIA.—(*Un poco ruborizada. Sonríe*) Mujer, así, de pronto. Seguramente, de Federico. (*Con pudorosa nostalgia*) Si nuestras relaciones terminaron fue por culpa suya. (*Un mohín*) Era enormemente inmoral.

MERCEDES.—¿Es posible?

PATRICIA.—Sí, hija, sí. Se empeñaba en sostener al mismo tiempo su matrimonio y mi amor. Y, claro, ya me conoces. A mí eso me parecía muy poco decente.
(*Muy sensata*) Yo le propuse que se separara de su mujer.

MERCEDES.—Es lo natural.

PATRICIA.—(*Cargada de razón*) ¿Verdad que sí? Esta clase de individuos que la engañan a una con su propia mujer es que no tienen vergüenza...

MERCEDES.—(*Filosóficamente*) La verdad es que los hombres son golfos...

(*Entra María, con unas prendas entre las manos*)

MARÍA.—¡Señorita! ¿Pongo en la maleta el «pyjama» de la señorita para el coche-cama?

PATRICIA.—Nada de eso. Hacemos el viaje en el coche del señorito Gabriel.
(Dignamente) Mira: no me gusta viajar en coche-cama porque desnudarse en el tren me parece una desvergüenza...

MARÍA.—*(Embobada)* ¡Dios mío! Pero, qué decentísima es la señorita...

PATRICIA.—Muchísimo, hija; eso, sí. ¡Si todas fueran como yo!

(Sale María. Mercedes, como encantada, admira a la señorita)

MERCEDES.—¡Ya puede decirlo la señorita! Y cuidado que una conoce gente... En la última casa que estuve, no quiera saber la señorita lo que pasaba.

PATRICIA.—¿Eran casados?

MERCEDES.—Sí, señorita.

PATRICIA.—¡Ah, bueno! Estando casados es muy fácil ser decentes. Eso no tiene mérito...

MERCEDES.—Pero si no eran decentes, señorita. Si se acostaban todas las noches a las tres de la madrugada...

PATRICIA.—¡Qué horror! ¿Tenían niños?

MERCEDES.—¡Tres!

PATRICIA.—*(Santiguándose)* ¡Pobres niños! ¿Qué será de ellos con ese ejemplo?

MERCEDES.—Unos desgraciados, seguro. ¡Ay! Si la señorita supiera todo lo que se ve por ahí... Como que hasta que entré en casa de la señorita no estuve en lo que se llama una casa formal. Porque lo que aquí pasa no puede ser más inocente. La señorita siempre tiene un protector. Pero con qué decencia... La señorita ni bebe, ni fuma, ni toma baños de sol en la terraza. La señorita se acuesta a las once... ¡Vamos, que no hay otra como la de la señorita!

MERCEDES.—*(Halagadísima)* Mujer... Me vas a poner colorada.

(Entra, de nuevo, María. Esta vez muy sofocada)

MARÍA.—¡Ay, señorita Patricia! ¡Están abriendo la puerta y no sé si es don Gabriel o don Roberto!

(Patricia, gritando asustadísima, se lanza de un salto desde lo alto del baúl)

PATRICIA.—¡¡Ay!!

MARÍA.—*(Temblorosa)* Si es don Roberto, ¿qué le digo?

PATRICIA.—*(Muy nerviosa)* ¡¡No lo sé!! ¡Ay, ay, qué apuro! Dos hombres en mi casa... Esto no me ha pasado nunca. ¿Qué vamos a hacer?

MARÍA.—(*Inspirada*) ¡Yo tengo una idea! En otra casa que estuve, cuando estaba el señor y venía un amigo de la señora, muy simpático, que se llamaba don Vicente, yo salía al pasillo y...

PATRICIA.—(*Un grito*) ¡¡María!! Supongo que no irás a compararme con una señora de esas...

MERCEDES.—(*Severísima*) Pero, mujer... ¿Es que no la conoces? Si es un ángel de Dios.

(En el fondo aparece Gabriel. Un hombre joven, de presencia sencilla y cordial. Se queda un momento en la entrada del fondo contemplando a Patricia con evidente emoción. Las tres mujeres, al verle aparecer, se miran entre sí súbitamente tranquilizadas y alegrísimas)

GABRIEL.—¡Patricia!

PATRICIA.—(*Yendo hacia él*) ¡Oh, Gabriel!

MARÍA.—¡Era el señorito Gabriel!

MERCEDES.—¡Bravo! ¡Bravo! Era el señorito Gabriel...

(Y las dos doncellas se sienten tan felices, que rompen a aplaudir. Gabriel las mira con cierta extrañeza)

GABRIEL.—Oye... ¿Por qué me aplauden?

PATRICIA.—Es que las pobrecitas te quieren tanto...

GABRIEL.—¡Je!

PATRICIA.—Vamos, llevaos todo eso. Terminad las maletas en mi alcoba. Daos prisa...

MERCEDES.—Sí, señorita.

(Las dos muchachas recogen prendas y maletas y se disponen a salir. Mientras, hablan bajo entre ellas)

MARÍA.—Yo, por si llega don Roberto, me quedaré en el pasillo.

MERCEDES.—Pero, ¿qué es lo que hacías tú en el pasillo cuando llegaba don Vicente?

MARÍA.—Ya te contaré. Delante de la señorita no me atrevo porque es un poco verde...

(Y salen las dos. Quedan solos Patricia y Gabriel. Están en una enamoradísima actitud. Muy juntos)

GABRIEL.—¿Un beso?...

PATRICIA.—¡No! Muchísimos besos...

(Se besan. Ella le acaricia el cabello. Y muy solícita)

¿Cómo está tu mujer?

GABRIEL.—(*Delicadamente*) Muy bien. Gracias.

PATRICIA.—(*Preocupadísima*) ¿Ha vuelto a tener décimas?

GABRIEL.—No, nada. Fue un simple catarro. (*Suspira*) Está fuerte como un roble...

PATRICIA.—(*Mucho más tranquila*) Me alegro; me alegro de verdad.

GABRIEL.—Ya lo sé. (*Conmovido*) Eres tan buena... tan ingenua. Precisamente, por eso te quiero. Eres tan distinta a mi mujer. Verónica, mi mujer, siempre pone un poco de mala intención en lo que dice. Tú, jamás. Ella es tan desenvuelta, tan intrépida, tiene ese desparpajo que tanto me mortifica... Tú eres tan tímida, tan dócil. Y en lo moral, no digamos. Con decirte que Verónica lee las novelas fuertecitas antes que yo para ver si yo puedo leerlas...

PATRICIA.—(*Sensatamente*) Estas mujeres modernas... ¿Verdad que si todas fueran como yo la sociedad no estaría tan pervertida?

GABRIEL.—¡Naturalmente!

PATRICIA.—¡Gabriel! ¿Has hablado con ella?

GABRIEL.—(*Preocupadísimo, mirando hacia la entrada*) Sí.

PATRICIA.—¿Le has dicho que nos vamos a París, ahora, dentro de unos minutos? ¿Sabe ya que, desde hoy, tu verdadera mujer seré yo?

GABRIEL.—Sí. Lo sabe. Se lo he dicho todo. ¡Todo!

PATRICIA.—¡Oh! Ha debido ser un momento terrible para ti. Pero era necesario. ¿Qué hubiera dicho de mí todo el mundo si yo me hubiera fugado con un hombre casado sin saberlo su mujer?

GABRIEL.—¡Figúrate! Con lo mala que es la gente, hubieran dicho de ti horrores... Pero, ¿qué es esto? ¿Vas a llorar?

PATRICIA.—Mira, no lo puedo remediar. (*Compungida*) Lloro por tu mujer. ¿Ha sufrido mucho?

GABRIEL.—(*Confuso*) Pues, realmente, no lo sé...

PATRICIA.—¿Qué dices?

GABRIEL.—Te diré.

(Mira, de nuevo, inquieto y desconfiado, a la entrada. Y se vuelve a Patricia, bastante turbado)

Yo creo que escogí un mal momento para decírselo... Fue hace un rato, mientras desayunábamos. Verónica, por las mañanas, está de un humor malísimo. Yo empecé a hablar y a hablar. ¿Comprendes? Yo decía que nuestro matrimonio había resultado un enorme fracaso. Claro que, como todas las mañanas le digo lo mismo, pues no me hacía ningún caso, y seguía leyendo el periódico, porque sabe que es lo que más me desespera. Yo empecé a dar gritos... Como todos los días. *(Dolorosamente)* No sé por qué. Pero, cuando mi mujer calla, siento una espantosa necesidad de gritar y gritar... Me vuelvo loco. Y en ese momento, la odio. Le dije que necesitaba volver a ser libre. ¡Libre! Todas esas cosas que dice un hombre desesperado.. Ella entonces se puso a leer los deportes, que ya es el colmo. Yo seguí dando gritos... Y, de pronto, tuve valor y le hablé de ti. ¡Se lo conté todo! Empecé por decirle que tú y yo nos conocimos, hace un mes, en un concierto de la Sinfónica...

PATRICIA.—¿Y qué dijo?

GABRIEL.—Nada. ¡Se echó a reír!

PATRICIA.—*(Estupefacta)* ¿De veras? ¿Qué es lo que le hizo gracia?

GABRIEL.—Por lo visto, la Sinfónica.

PATRICIA.—¡Qué horror! Pero, esa mujer no respeta nada.

GABRIEL.—*(Dolorosamente)* Ya ves, ni siquiera una cosa tan seria como la Sinfónica...

PATRICIA.—¡Ah, pues eso no! No me parece discreto que tu mujer se burle de un momento que es tan sagrado para nosotros...

GABRIEL.—*(Vuelve a mirar, alarmadísimo, a la entrada)* ¡Patricia, no grites!

PATRICIA.—*(Asustada)* ¡Ay! ¿Por qué?

GABRIEL.—Te pueden oír las muchachas, ¿sabes? *(Suspira)* Pero lo peor, sin embargo, fue luego. Cuando le dije que marchaba contigo para toda la vida; cuando le rogué que no me retuviera a su lado porque me haría muy desgraciado, entonces... Entonces, mi mujer me contestó que accedería a darme la libertad con una condición.

PATRICIA.—¿Qué condición?

GABRIEL.—¡Je! *(Tímidamente)* Conocerla.

PATRICIA.—¿Qué? ¿Qué has dicho? ¿Qué tu mujer me quiere conocer?

GABRIEL.—Sí. Pat. Eso, eso mismo.

PATRICIA.—*(Atónita)* Pero, ¡esto es la primera vez que me pasa!

GABRIEL.—Lo creo... Es que mi mujer es muy original.

PATRICIA.—¡Ah, no! No puedo aceptar esa entrevista. Te digo que no y no.

GABRIEL.—¡Ay! Tú no conoces a mi mujer.

PATRICIA.—Además, no tenemos tiempo para nada. Dentro de unos momentos mis maletas estarán listas y nos vamos a París...

GABRIEL.—¡Patricia!

(Mira otra vez, ya miedosísimo, hacia la puerta)

Es que no me atreví a decírtelo antes. Pero, mi mujer está ahí...

PATRICIA.—*(Casi en un brinco)* ¿Dónde?

GABRIEL.—En el vestíbulo.

PATRICIA.—*(Un grito)* ¡¡Ay!! ¿De verdad está ahí?

GABRIEL.—Sí, Pat. Vino conmigo en el coche; fue inútil negarme. Ya te dije que, cuando Verónica se empeña en algo, se sale siempre con la suya... Además, prepárate. Estoy seguro de que va a provocar un escándalo. Hace seis años tuvo la sospecha de que yo la engañaba y, mira, desde entonces, me quedó esta señal aquí. *(Señala la cabeza).*

PATRICIA.—¡Oh!

GABRIEL.—Y ten en cuenta que fue solo una sospecha. Porque yo era inocente. ¿Comprendes ahora por qué estoy tan asustado?

(En el fondo, muy despacito, entre tímida y curiosa, surge Verónica. Es una mujer muy elegante, graciosa, mundana y bonita)

VERÓNICA.—Buenos días.

(Y avanza lentamente, sin dejar de mirar con muchísima atención a Patricia)

GABRIEL.—¡Verónica, por Dios!

VERÓNICA.—¿Es... ella?

GABRIEL.—*(Muy azarado)* Sí, Verónica. Esta es Patricia. Yo, en la intimidad, la llamo Pat. ¿Sabes? ¿Qué? ¿Qué te parece?

(Verónica, mientras, no deja de mirar a Patricia)

VERÓNICA.—*(Como deslumbrada)* Pero, si es una preciosidad... ¡Qué ojos! ¡Qué boca! ¡Qué cara!

PATRICIA.—*(Estupefacta)* Oye. ¿Estás seguro de que esta señora es tu mujer?

GABRIEL.—(*Absorto*) Te juro que sí.

VERÓNICA.—(*Con más entusiasmo*) ¡Y qué cintura!

PATRICIA.—(*Con rubor*) ¡Señora! Usted me favorece.

VERÓNICA.—(*Naturalísima*) Por favor. ¿Quiere usted dar la vuelta?

PATRICIA.—Sí, señora. Con mucho gusto...

(Y, sobre las puntas de los pies, gira, delicada y gentil, como un maniquí)

VERÓNICA.—¡Magnífico! Ahora lo comprendo todo... ¿Dónde la vistes?

GABRIEL.—En «Adelaida».

VERÓNICA.—¡Mi modista!

GABRIEL.—¡Sí! ¡Je! Es que «Adelaida» me hace descuento.

VERÓNICA.—¡Claro! Se comprende.

GABRIEL.—(*Con mucho miedo, muy fino*) ¿No te molesta?

VERÓNICA.—Nada de eso... (*Se vuelve interesadísima*) Pero, hija mía, ¿qué hace usted para adelgazar?

PATRICIA.—(*Muy orgullosa*) ¡Nada! Le aseguro que no hago nada.

VERÓNICA.—¿De veras? ¡Quién lo diría! Tiene usted una línea preciosa... ¡Distinguidísima!

PATRICIA.—¿Le... le gusto de verdad?

VERÓNICA.—Pero, criatura, ¿cómo puede usted dudarle? Si es usted un encanto...

PATRICIA.—(*Se vuelve hacia él, radiante*) ¿Estás oyendo, querido? ¡Le gusto a tu mujer!

GABRIEL.—(*Boquiabierto*) Ya, ya. Extraordinario.

PATRICIA.—(*Mimosa*) ¿Estás contento?

GABRIEL.—Mucho. ¡Figúrate! Claro que no lo esperaba. Yo creía...

(Verónica le interrumpe francamente indignada)

VERÓNICA.—Pero, hombre, ¿cómo no había de gustarme? Si no hay más que verla a usted, hija mía. Es usted monísima. Es usted muy elegante, porque se viste usted en mi propia modista... Estoy segura de que, además, es usted muy instruida, porque la biblioteca del vestíbulo está llena de novelas de Somerset Maugham. (*De pronto*) ¿Sabe usted francés?

(Patricia se adelanta, radiante como una niña que recita en el colegio, sabiéndose bien la lección)

PATRICIA.—Mais oui, madame. Je parle parfaitement le française. Je m'élevai pendant quatre anneés dans College des demoiselles du Nord de la France... Qué croyez-vous, madame?

(Verónica, entusiasmadísima, aplaude. Gabriel, a su pesar, también se siente muy satisfecho)

VERÓNICA.—¡Sabe francés! ¡También sabe francés!

GABRIEL.—¡Sí, sí! *(Muy orgulloso)* ¡Sabe muchísimas cosas! Ya te dije que era una alhaja. Pregúntale más. Pregúntale algo de Historia de España.

VERÓNICA.—¡No hace falta! *(Con grave fervor)* Querida: ¿me da usted un beso?

PATRICIA.—*(Contentísima)* ¡Huy! Sí, señora. ¡Lo estaba deseando!

(Avanzan, la una hacia la otra, y se besan y abrazan con verdadera efusión)

GABRIEL.—¡¡Santo Dios!!

PATRICIA.—¿Y sabe usted lo que le digo? Pues que usted también está muy bien...

VERÓNICA.—*(Modestamente)* ¡Oh, no! Una es muy poquita cosa...

PATRICIA.—¡Es usted guapísima!

VERÓNICA.—*(Dichosa)* ¿Oyes, Gabriel? ¿No es maravilloso oírle decir a Patricia que le gusto? ¿Qué te parece a ti?

GABRIEL.—¡Je! Cuando ella lo dice...

PATRICIA.—*(Muy severa)* ¡Gabriel! No dudarás que tu mujer está preciosa...

VERÓNICA.—¡Y dale! Pero si no lo dudo. Figúrate yo...

PATRICIA.—*(Solemne)* Además, es una verdadera señora.

(Verónica, agradecida, da un paso hacia ella. Con un sutilísimo anhelo en que apenas se trasluce la ironía)

VERÓNICA.—¿Usted cree?

PATRICIA.—¡Una señora de verdad! Como a mí me gustan las señoras... Porque no sé si le habrá dicho a usted Gabriel que yo soy muy moral.

VERÓNICA.—Ya, ya. Seguramente, es usted muy de derechas.

PATRICIA.—¡Ay, sí! Muchísimo.

VERÓNICA.—Lo creo. Hija mía, es usted una adorable mujercita del siglo XIX. Una de las pocas mujeres que aún quedan capaces de enamorarse de un hombre mientras oyen la Quinta Sinfonía de Beethoven.

(*Guiña un ojo, pícara, mirando a uno y a otro*)

Vamos..., ¿no fue así como se enamoró usted de mi marido? Ande...
Cuéntemelo.

GABRIEL.—(*Muy asustado*) ¡¡No!! ¡No se lo cuentes!

VERÓNICA.—(*Con coraje*) ¿Te quieres callar tú?

PATRICIA.—(*Tan feliz*) Pues se lo voy a contar...

VERÓNICA.—¡Bravo!

GABRIEL.—¡Oh!

PATRICIA.—(*Romántica*) Fue en un concierto en el Palacio de la Música. Como él es tan aficionado, ya sabe usted...

(*Verónica se vuelve hacia Gabriel, muy indignada*)

VERÓNICA.—¡Ah! ¿Sí? ¿Es verdad eso? Nunca me dijiste que te gustaba ir a los conciertos...

GABRIEL.—(*Con amargura*) ¿Para qué? A ti solo te gusta la música cuando dirige la orquesta un niño prodigio para poder pasarte la tarde diciendo: ¡Qué rico! ¡Qué mono! ¡Qué encanto de niño, con sus calcetinitos y sus pantaloncitos!... Así, no se puede oír música. Tuve que tomar la determinación de ir yo solo a los conciertos. En uno de ellos, el diez de septiembre, para ser más exacto, me encontré con Patricia. (*Sentimental*) A ella, sí, le gusta la música seria. ¿Verdad, Patricia?

PATRICIA.—¡Huy! Me chifla. Sobre todo, «Los de Aragón».

GABRIEL.—(*Muy furioso*) ¡¡Patricia!! A ti te gusta Beethoven.

VERÓNICA.—¡Naturalmente! ¿Y estás tú muy seguro de que «Los de Aragón» no es de Beethoven?

GABRIEL.—¡Oh!

VERÓNICA.—¿O es que crees que lo sabes todo? (*Gentilmente*) Siga usted, querida. Por favor.

PATRICIA.—¡Oh! Fue tan romántico. Verá... Gabriel tenía su butaca al lado de la mía. (*Ruborosa*) Y nunca sabe una como empiezan estas cosas. Pero lo cierto es que, cuando acabó el concierto, Gabriel y yo teníamos las manos enlazadas. ¡Le hubiera a usted gustado vernos!

VERÓNICA.—(*Mirando desde lejos a Gabriel*) Seguro que sí.

PATRICIA.—Claro que, verdaderamente, no sé por qué le cuento todo esto... Usted es tan distinta. Una mujer tan moderna. Gabriel dice que usted se ríe de nosotros porque nos enamoramos en un concierto.

(Verónica, súbitamente airada, se vuelve hacia donde está Gabriel)

VERÓNICA.—¿Eh? ¿Tú has dicho eso?

GABRIEL.—*(Turbado)* Mujer... A mí me pareció...

VERÓNICA.—¿Has sido capaz de esa infamia? Amiga mía, no se fíe nunca de mi marido que, a veces, es un poco lioso.

GABRIEL.—*(Indignado)* ¡No! No es verdad. Te juro, Patricia, que no soy nada lioso...

VERÓNICA.—*(Irrebatiblemente)* ¡Lo eres!

(Patricia, mientras ha dado unos pasos hacia Gabriel, en severísima actitud)

PATRICIA.—¡Gabriel! ¿Es que has querido provocar la guerra entre tu mujer y yo?

VERÓNICA.—¡Dilo! ¡Dilo! Di que preferirías que Patricia y yo, en vez de gustarnos tanto, como nos gustamos la una a la otra, nos tiráramos del pelo... Anda, dilo de una vez. Di que prefieres los gritos vulgares, las situaciones violentas...

(Gabriel, entre las dos, se yergue, desesperado, como un hombre a punto de cometer un crimen)

GABRIEL.—¡¡Verónica!!

(Las dos mujeres retroceden juntas, casi hasta el otro lado de la escena)

LAS DOS.—¡Ay!

GABRIEL.—¡Yo no puedo más! Yo... *(Una transición)* Yo me voy a volver loco. Yo no puedo creer lo que estoy viendo. Yo esperaba que, ahora, al veros las dos, frente a frente, sucediera todo lo contrario...

VERÓNICA.—*(Muy escandalizada)* ¿Esperabas que nos pegáramos?

GABRIEL.—*(Frenético)* ¡¡Sí!!

(Las dos se miran entre sí, estupefactas)

VERÓNICA.—Pero... ¿Usted oye?

GABRIEL.—¡Me parece que era lo más natural!

(Y todo rencor contra ellas y contra sí mismo, sale a la terraza del fondo, y se apoya, de espaldas al interior, sobre la balaustrada. Ellas, muy juntas, en primer término, hablan bajo, mirándole de vez en cuando)

PATRICIA.—¡Dios mío! Entonces, tiene usted razón. Resulta que Gabriel es un hombre violento.

VERÓNICA.—Muchísimo, hija mía. ¡Si lo sabré yo! ¡Si usted supiera!

PATRICIA.—*(Aterrada)* ¿Es que le ha pegado alguna vez?

(Verónica sonrío y baja los ojos, muy sufrida)

VERÓNICA.—Sí... Una vez.

PATRICIA.—¿Dónde?

VERÓNICA.—En Segovia... Fue en un fin de semana.

PATRICIA.—No es eso. Quiero decir que dónde...

VERÓNICA.—¡Ah! *(Tocándose delicadamente una mejilla)* Aquí.

PATRICIA.—¡Qué horror!

VERÓNICA.—*(Muy generosa)* Pero, no tuvo importancia. Le perdoné en seguida.

(Patricia, con el gesto de quien toma una heroica determinación, avanza hacia la terraza y grita. Gabriel, que se asusta mucho, se vuelve y regresa al interior)

PATRICIA.—¡Gabriel!

GABRIEL.—¡Patricia!

PATRICIA.—¡Mírame a los ojos! ¿Por qué no me has dicho que te gusta pegar a las mujeres?

GABRIEL.—*(Entre sorprendido y furioso)* ¿Qué? ¿Qué dices? Soy incapaz de pegar a una mujer... ¡Me moriría de vergüenza! ¡Te juro que no te pegaré nunca, Patricia!

(Yendo, con ira, hacia su mujer, mientras ella enciende deliciosamente un cigarrillo)

¿Qué le has dicho? ¿Qué infamia se te ha ocurrido? ¿Qué significa todo esto, Verónica? ¿Qué pretendes?

VERÓNICA.—*(Bondadosísima y risueña)* Pero, por Dios, querido. No grites así. Tienes un lamentable sentido trágico de la vida. Si no tiene tanta importancia...

Si en los matrimonios más felices el marido le da una bofetada a la mujer de vez en cuando... Si es lo normal; si ya se sabe...

GABRIEL.—¡Yo no te he pegado nunca!!

VERÓNICA.—Y dale. (*Maternal*) Claro, el pobrecito qué va a decir.

GABRIEL.—¡No me llames pobrecito!

VERÓNICA.—Después de todo, no sé por qué te pones tan colorado. (*Muy risueña*)
Mire usted qué coloradito se ha puesto. ¡Ay! Es uno de sus principales encantos. El pobrecito se pone colorado por nada.

GABRIEL.—¡Durante diez años de matrimonio te he dicho millares de veces que no me llames pobrecito!

PATRICIA.—(*Solemne*) ¡Gabriel! Óyelo bien. Jamás podré perdonarte que hayas pegado a tu mujer...

GABRIEL.—(*Con verdadera angustia*) ¡Te juro que no la he pegado! Es un infundio.

PATRICIA.—Supongo que no pretenderás que te crea a ti más que a ella...

GABRIEL.—¡Oh! Esto, además...

(*Verónica va hacia Patricia y, muy agradecida, le toma las manos tiernamente*)

VERÓNICA.—¡Gracias, amiga mía ! Pero no sea usted muy dura con él... Y perdónelo.

PATRICIA.—¿Me lo pide usted?

VERÓNICA.—Sí, yo se lo pido.

PATRICIA.—Entonces, perdonado. Pero conste que lo hago por usted. Él no lo merece... ¡Es un bruto!

GABRIEL.—¡Oh! ¡Un bruto!

VERÓNICA.—¡Gracias! Y, ahora, dele un beso.

(*Gabriel se pone en pie, aterrado*)

GABRIEL.—¡No!

PATRICIA.—¡Ay, no!

VERÓNICA.—Vamos, no sea usted vergonzosa.

PATRICIA.—¿Cree usted que sería decente?

VERÓNICA.—Mujer... Entre mi marido y usted, decentísimo.

GABRIEL.—No, un beso, ahora, no. Ten piedad, Verónica.

VERÓNICA.—(*Dominadora*) Gabriel... ¡Dale un beso a Patricia!

GABRIEL.—(*Resignado*) Si te empeñas.

(Gabriel y Patricia se aproximan el uno al otro. Y muy avergonzados, se dan un beso verdaderamente lamentable. Luego, rapidísimos, se separan. Verónica los ve con superior ternura)

VERÓNICA.—¡Ah! ¡Qué emocionante es el poder de la ilusión! Para usted, Gabriel en este momento es el amor, el héroe, el ideal... Todo eso. Para mí, después de diez años de matrimonio, el pobrecito no es más que un hombre vulgar que se está mordiendo las uñas...

PATRICIA.—¡Gabriel! No te muerdas las uñas.

GABRIEL.—Perdona. Es que estoy nerviosísimo.

VERÓNICA.—*(Mirándole de arriba a abajo)* ¿Qué es lo que te ocurre? ¿Qué te pone nervioso?

GABRIEL.—¡Je! No lo sé. Pero el caso es que estoy muy nervioso. Y necesito un poco de aire fresco. Perdonadme...

(Entra en la terraza, de nuevo. Pasea por allí. De vez en cuando, durante el diálogo que sigue, desaparece y vuelve a surgir. Observa, siempre inquietísimo, a las dos mujeres)

VERÓNICA.—*(Muy sonriente)* Bueno. Ahora que estamos solas, confiese usted que esperaba de mí todo lo contrario... Lo de siempre. Una mujer ofendida, llena de lágrimas, que entra en su casa dispuesta a arrancarle a usted el moño.

PATRICIA.—*(En confianza)* Sí, señora. Ya sabe usted que hay señoras casadas muy ordinarias...

VERÓNICA.—*(Mundana)* Sí, casi todas. La mayoría de las muchachas de hoy presumen mucho de modernidad y de comprensión. Pero, hija mía, no sé por qué, cuando se casan se vuelven todas del antiguo régimen. Y hay que ver lo escandalosas que resultan. Yo, no. Yo soy una auténtica mujer de hoy. Yo no tengo prejuicios. ¡Los derechos del amor ante todo! Si Gabriel se ha enamorado de otra mujer es muy dueño de hacer su voluntad... Por eso, cuando mi marido me anunció esta mañana que se iba con usted a París, tuve que reconocer que estaba en su derecho. Claro que, eso sí, yo he querido conocerla a usted antes; era un deber de conciencia. Yo no podía dejar a mi marido en brazos de una cualquiera. Pero ya la he conocido y me voy contentísima. ¿Qué más puedo yo desear para mi marido que una mujercita como usted?

PATRICIA.—*(Emocionada)* ¡Qué buena es usted! Parece una madre.

VERÓNICA.—Sí, es verdad. *(Satisfechísima)* ¡Soy una madre! En cierto modo, esto es una petición de mano. Yo le pido a usted su mano para mi marido.

PATRICIA.—(*Generosísima*) ¡Yo se la doy!

VERÓNICA.—¡Gracias! ¡Usted sí que es buena! ¿Me da usted otro beso?

(*Caen, la una en brazos de la otra, muy enternecidas. Se abrazan estrechamente y se besan. En ese instante surge Gabriel en la terraza, que, al verlas enlazadas, se da un susto morrocotudo y corre a separarlas*)

GABRIEL.—¡No! Eso no... Por favor.

(*Las dos le miran, muy sorprendidas*)

VERÓNICA.—Pero, Gabriel, ¿qué te ocurre?

GABRIEL.—No, nada. Es que, la verdad, creí que ya os estabais pegando...

VERÓNICA.—(*Indignada*) Pero, ¿todavía tienes la estúpida pretensión de que nos peguemos? Habrase visto. Convéncete de una vez de todo lo contrario. Desde hoy seré una madre para Patricia...

GABRIEL.—¡Una madre! ¿De verdad?

PATRICIA.—(*Orgullosísima*) ¡Sí, sí! Es mi madre.

VERÓNICA.—Y a propósito. ¿Puedo darle algunos consejos?

PATRICIA.—¡Uy! ¿Quién mejor que usted?

VERÓNICA.—Pues, para empezar, le diré que eso de escaparse a París para un viaje de amor me parece una cursilería. Una tontería así estoy segura de que se le ha ocurrido a mi marido.

GABRIEL.—¡No! Yo quería ir Zaragoza.

VERÓNICA.—(*Enfadada*) ¡A Zaragoza! ¡A Zaragoza! ¡Siempre la misma obsesión! ¿Quieres decirme por qué, desde hace diez años, te pasas la vida diciendo que quieres ir a Zaragoza?

GABRIEL.—(*Con muchísimo coraje*) Porque es la única ciudad española que no conozco y porque tú, a lo largo de diez años, te has negado a que vayamos a Zaragoza. Por eso yo quería aprovechar mis primeras horas de libertad para ir a Zaragoza. ¡Solo porque a ti no te gusta Zaragoza! ¿Me comprendes?

VERÓNICA.—¡Sí! Eres el mismo de siempre. Terco, tozudo, dominante... Solo te importa hacer tu voluntad.

GABRIEL.—(*Dolorosamente*) ¡Pero si jamás he hecho mi voluntad!

VERÓNICA.—(*Soberana*) ¡Pues tampoco esta vez irás a Zaragoza!

PATRICIA.—(*Dócilmente*) ¿A dónde quiere usted que vayamos?

VERÓNICA.—¡A Estoril!

GABRIEL.—¡Oh!

VERÓNICA.—Aquello es delicioso para una pareja de amantes. ¡Estoril! Tan pequeñito, con su casino y su lago...

GABRIEL.—Quia. Te confundes. Estoril no tiene lago. Eso es en Suiza.

VERÓNICA.—¡Tú qué sabes!

PATRICIA.—Pero si tiene usted razón. ¿Cómo no se me ha ocurrido a mí antes? ¡Estoril, con su casino y su lago!

GABRIEL.—(*Furioso*) ¡Te digo que no hay lago!

PATRICIA.—¡Cállate tú! Cuando tu mujer lo dice, es que hay lago. Nada, nada. ¡Iremos a Estoril!

VERÓNICA.—¡Bravo!

(Ellas dos se ponen muy contentas. Se cogen las manos)

GABRIEL.—(*Un grito*) ¡Verónica! ¡Óyeme!

(Las dos mujeres retroceden, asustadas)

¿Crees que también en esta casa, y en este momento, voy a seguir obedeciendo tus caprichos? ¿No comprendes que me separo de ti para ser libre? ¡Libre! Durante diez años de matrimonio he sido un muñeco dócil a todos tus caprichos y a todas tus extravagancias. Pero ya se acabó. Esta es mi rebelión. Me escapo. No volverás a verme. Voy a ser dueño de mí mismo. ¡Quiero vivir mi vida!

VERÓNICA.—(*Muy serena*) No seas ridículo. Ya nadie dice «quiero vivir mi vida». Todo el mundo está convencido de que hay que vivir la vida que quieren los demás...

GABRIEL.—(*Amenazador*) ¡Cállate!

VERÓNICA.—¡Gabriel!

GABRIEL.—Dime qué te propones... ¿Por qué has venido a esta casa? ¿Por qué has provocado esta escena? ¡Contesta!

VERÓNICA.—¡Gabriel! (*Muy severa*) Si continúas en ese tono darás lugar a que esta pobre criatura se avergüence de ti... ¿No ves cómo sufre?

GABRIEL.—¡Oh!

(Aparece en el fondo Bobby. Este Bobby –don Roberto Mendizábal, en la buena sociedad madrileña– es un caballero de edad ya avanzada. Tiene en su porte y en su indumento un indudable aspecto de respetabilidad. Pero algo que le guiña en el rostro le da la picardía de un viejo golfo)

BOBBY.—¡Hola! ¡Hola! ¿Dónde está esa pequeña bribona?

PATRICIA.—¡Ay!

VERÓNICA.—¡Oh!

GABRIEL.—¿Quién es este individuo?

(Bobby va, muy jolgorioso, al encuentro de Patricia. Ella está contrariadísima)

PATRICIA.—¡Ay, Dios mío!

BOBBY.—¡Hola! Conque a París sin despedirte de mí, ¿eh? Pero no te vale, no señor; que aquí estoy yo, a pesar de que tu doncella ha querido hacer conmigo el truco de don Vicente... ¡Hola! ¡Hola! A mí con esas... ¡Un beso, en seguida! ¡Un beso para el viejo padrino!

PATRICIA.—¡No!

BOBBY.—*(Muy alborozado)* Que sí, que sí...

VERÓNICA.—*(Muy bajo)* ¡Gabriel! Creo que debes intervenir. Este sujeto está decidido a besarla. Y estoy segurísima de que no es su padrino...

GABRIEL.—¡Ah! Pues eso no.

(Gabriel, muy enérgico, avanza un paso hacia el grupo del recién llegado y Patricia, que se resiste a sus efusiones)

¡Señor mío!

BOBBY.—*(Muy correcto)* ¿Es a mí?

GABRIEL.—¡Sí! A usted. ¿Puedo saber cómo ha entrado usted en esta casa?

BOBBY.—*(Naturalísimo)* Hombre, con mucha facilidad. Es que tengo llave...

GABRIEL.—*(Atónito)* ¿Usted también?

BOBBY.—Oiga, oiga. ¿Cómo usted también?

PATRICIA.—¡Ay, Dios mío!

GABRIEL.—*(Dignamente)* ¡La llave de esta casa la tengo yo!

VERÓNICA.—¡Naturalmente! Y con un perfecto derecho a tenerla.

GABRIEL.—Eso mismo.

PATRICIA.—¡Ay, ay, Dios mío!

(Bobby avanza hacia Gabriel, mirándole atentamente, con mucha curiosidad)

BOBBY.—¡Hola! *(De pronto)* Entonces, no hay duda... Usted es el nuevo.

GABRIEL.—¿Cómo?

BOBBY.—Bueno. Me explicaré... Quiero decir que yo soy el anterior.

GABRIEL.—¡Usted!

BOBBY.—¡Sí!

GABRIEL.—¡Usted es Bobby!

BOBBY.—(*Contentísimo*) ¡El mismo! ¡Je! ¡Y usted es Gabriel!

GABRIEL.—Sí, sí. Para servirle...

BOBBY.—¡Hijo mío!

(Y, lleno del más sano regocijo, avanza hasta Gabriel, con los brazos abiertos, y le estrecha fuerte. Este, un poco desconcertado al principio, se emociona sinceramente. Verónica y Patricia, juntas, contemplan la escena, algo apartadas)

GABRIEL.—¿Cómo está usted, Bobby?

BOBBY.—Muy bien. Gracias. (*Mirándole de arriba a abajo, cariñosísimo*) Vaya, vaya. Conque usted es el nuevo. Pues me gusta, sí, señor. Me gusta.

GABRIEL.—(*Ya con cierto anhelo*) ¿Le gusto de verdad?

BOBBY.—Mucho. Muy simpático. Y no mal parecido.

GABRIEL.—¿No me engaña usted?

BOBBY.—En absoluto...

(Verónica, al otro lado, está complacidísima. Patricia, en cambio, tiene los ojos muy abiertos)

PATRICIA.—¡Dios mío! Pero si yo creía que se iban a pegar.

VERÓNICA.—¡Y duro! Qué manía. Pero, hija mía, si por estas cosas ya no se pega nadie...

BOBBY.—Voy a hacerle a usted una confesión. Viéndole, ya comprendo que nuestra querida Patricia me haya abandonado por usted...

GABRIEL.—(*Muy modesto*) Vamos, no diga usted eso.

BOBBY.—Que sí, que sí. Se ve en seguida que tiene usted un atractivo especial...

GABRIEL.—¡Je! Muy amable. Pero, sinceramente: tengo que reconocer que usted tampoco está nada mal. ¿Eh? Es usted lo que las mujeres llaman un hombre muy interesante...

BOBBY.—(*Satisfechísimo*) Hombre, tanto como eso... ¿Usted cree?

GABRIEL.—¡Pero lo que se dice interesantísimo!

BOBBY.—Gracias, gracias.

GABRIEL.—Además, que le estoy tomando cariño. No sé por qué, pero me recuerda usted mucho a mi padre.

BOBBY.—¿A su padre? (*Muy enternecido*) ¡Hijo mío! ¡Cómo me emociona parecerme a su padre! Deme usted otro abrazo.

GABRIEL.—Con muchísimo gusto...

(*Y se abrazan, de nuevo, muy conmovidos*)

PATRICIA.—(*Absorta*) ¡Es asombroso! ¡Se abrazan!

VERÓNICA.—¿Sabe usted que este caballero me resulta simpatiquísimo? Es de los míos.

BOBBY.—¡Hola! (*Descubriendo a Verónica*) ¿Quién es esta señora?

GABRIEL.—(*Sencillamente*) Mi mujer.

BOBBY.—(*Casi en un salto*) ¿Qué?

GABRIEL.—Sí, sí. Es mi mujer.

BOBBY.—¡Cuerno!

PATRICIA.—¡Bobby! No digas palabrotas.

BOBBY.—(*Con hondo pesar*) Entonces, ya me hago cargo de la situación. Los tres aquí, reunidos en esta casa, significa que acaban ustedes de tener un disgusto morrocotudo. Esas voces que oí al entrar...

VERÓNICA.—No, señor. (*Muy risueña*) Era que Patricia y yo discutíamos con mi marido. Pero las dos de acuerdo.

BOBBY.—¡Porras! Entonces resulta que todos estamos de acuerdo...

VERÓNICA.—(*Muy satisfecha*) Eso es.

GABRIEL.—Sí, señor. Todos. Al principio yo no comprendía la actitud de mi mujer y de Patricia. Pero, qué quiere usted; desde que llegó usted y me llamó hijo mío, y a mí se me saltaron las lágrimas, ya no sé qué pensar...

PATRICIA.—(*Gozosísima*) ¡Bobby! ¿No es estupendo que estemos los cuatro de acuerdo?

BOBBY.—Caray, sí. Todos conformes, pero lo que se dice todos; es la primera vez que me pasa... Y cuidado que a mí estas cosas me han pasado muchísimas veces. ¡Es fabuloso!

VERÓNICA.—(*Satisfechísima*) ¡Es colosal!

GABRIEL.—Sí, sí. ¡Es admirable!

VERÓNICA.—Yo creo que, para celebrarlo, debíamos tomar una copita...

PATRICIA.—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Una copita!

GABRIEL.—Mira, sí. Es una idea. ¿Verdad, Bobby?

BOBBY.—¡Una gran idea! ¡Venga esa copita!

(*Los cuatro, alegrísimos. Las mujeres se cogen las manos. Los hombres se dan palmaditas en la espalda*)

PATRICIA.—¡Volando! ¡En un momento lo preparo todo!

(Y corriendo, como una niña feliz, sale. Verónica, Gabriel y Bobby dirigen tras ella sus risueñas miradas, hasta que desaparece)

GABRIEL.—¡Es un ángel!

BOBBY.—¡Es una paloma!

VERÓNICA.—*(Tiernamente)* Es una alhaja esta chica.

(Vuelve a aparecer Patricia, asomando tímidamente la cabeza)

PATRICIA.—Verónica, ¿quiere usted ayudarme?

VERÓNICA.—¡Naturalmente, criatura!

PATRICIA.—Además quiero enseñarle mi casa...

VERÓNICA.—¡Encantada!

PATRICIA.—Venga usted por aquí. Mire. Esta es la alcoba.

VERÓNICA.—A ver, a ver. *(Muy curiosa)* Con las ganas que tenía yo de ver una alcoba de estas...

(Salen las dos. Bobby y Gabriel se miran. Un silencio)

GABRIEL.—¿Ha oído usted?

BOBBY.—Sí.

GABRIEL.—¡Lo ha dicho con intención! Estoy segurísimo.

BOBBY.—¡Qué mujer! *(Transición)* Amigo mío: soy soltero, pero me he pasado la vida entre mujeres porque me han gustado todas. Las he conocido de todas clases. Pues, a pesar de mi experiencia, le juro que su esposa es la primera mujer española que conozco que, al verse engañada por su marido, se hace amiga íntima de la amante de su marido. ¡Y con qué cariño!... Cuidado que yo le he tomado a usted afecto; pues ni comparar, hijo mío; lo reconozco... *(De pronto: inspirado)* Oiga. ¿Es que su esposa ha pasado temporadas en París?

GABRIEL.—No, señor.

BOBBY.—*(Delicadamente)* ¿Cuáles son sus antecedentes morales?

GABRIEL.—Se ha educado en un convento de monjas. Y es hija de un diputado conservador por Galicia. No le digo más...

BOBBY.—¡Qué barbaridad! Entonces, no me lo explico.

GABRIEL.—¡Oh! Usted no sabe de lo que son capaces estas mujeres tan modernas, tan audaces como la mía... Verónica no se arredra por nada. Con decirle a usted que hace seis años ganó una copa en las carreras de Lasarte.

BOBBY.—¡Caramba! ¿Una copa?

GABRIEL.—Sí, Bobby. Comprenderá usted que una mujer que gana una copa en una carrera de automóviles es capaz de todo... Y esto es lo terrible. Porque si yo adivinara ahora sus intenciones, podría salirle al paso y evitar una catástrofe. Sí, una catástrofe. Yo estoy seguro de que mi mujer en estos momentos está tramando algo espantoso.

BOBBY.—¿Usted cree?

GABRIEL.—¡Sí! Lo juraría... Al llegar a esta casa estaba decidida a impedir nuestro viaje a París, con un gran escándalo de los suyos. No sé por qué ha cambiado de actitud. No puedo imaginármelo. Pero le aseguro a usted que estoy muy asustado... Si la conociera usted como yo, me comprendería. Detrás de esa sonrisa, detrás de ese encanto, hay una imaginación terrible. ¿Por qué, una vez en esta casa, no le arranca el pelo a Patricia, o le prende fuego a la casa, o me pega a mí un tiro, que es lo que debe hacer en estos casos una verdadera señora?

BOBBY.—Hombre, tanto como eso...

GABRIEL.—¡Yo sé por qué! Porque con esta comedia que ella está desarrollando prepara algo más horrible que un asesinato...

BOBBY.—¡Hombre!

GABRIEL.—¡Sí! Por lo pronto, ya le ha dicho a Patricia que a mí me gusta pegar a las mujeres... ¡Y le juro a usted que no es verdad! Además, ya no vamos a París Patricia y yo.

BOBBY.—¡Hola! ¿Por qué?

GABRIEL.—Porque a mi mujer no le gusta. ¡Prefiere Estoril!

BOBBY.—¡Porras!

GABRIEL.—Y vamos a Estoril. Pero lo más fantástico, lo más grande, es que nos manda a Estoril porque dice que el lago es precioso... ¡Y no hay lago! (*Desesperado*) ¿No es para volverse loco? Y, claro, la pobrecita Patricia, como es tan inocente, la obedece en todo...

BOBBY.—¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad!

GABRIEL.—(*Soñador*) ¡Mi Patricia! (*Transición*) Bueno: usted perdone. ¡Nuestra Patricia!

BOBBY.—¡Gracias! Es usted muy amable...

GABRIEL.—Ella sí, es una niña.

BOBBY.—(*Con ternura*) Una niña.

(Gabriel se acerca a Bobby, entusiasmado)

GABRIEL.—¿Verdad que sí? Y luego, tiene esas ideas morales...

BOBBY.—(*Sentimental y comprensivo*) Eso sí. Tiene la manía de la decencia... (*Ríe, conmovido, para sí mismo. Y luego dice, como descubriendo un secreto*) Pero, además, Patricia tiene otras virtudes que usted no conoce...

GABRIEL.—(*Muy curioso*) ¿De veras?

BOBBY.—Sí, sí. ¿Sabe usted que Patricia ahorra?

GABRIEL.—¡No me diga!

BOBBY.—Sí, señor. Cuando yo la conocí ya había reunido lo suficiente para comprar dos hotelitos en El Escorial. Luego los alquila en verano y saca una rentita. Y desde que yo la conocí, hasta ahora, en un año, ha ahorrado lo bastante para comprar un buen lote de papel del Estado...

GABRIEL.—¡Qué hermosura!

BOBBY.—Y algo de cédulas hipotecarias... ¿Qué le parece?

GABRIEL.—(*Deslumbrado*) ¿Dice usted que en un año? Pero, entonces, ha ahorrado una barbaridad...

BOBBY.—¡Je! Dígamelo usted a mí. (*Sonríe*) Ahora creo que tiene otro capricho. Un cochecito.

GABRIEL.—¿Cree usted que debo regalárselo en seguida?

BOBBY.—¡Ca! Tenga usted mucho cuidado. No lo aceptaría. Es muy digna. Ella prefiere ahorrarlo, poco a poco, del dinero que usted le dé. Dice que así se lo debe todo a sí misma.

GABRIEL.—(*Radiante*) ¡Bobby! ¿He tenido, o no, suerte al encontrar una mujercita como Patricia?

BOBBY.—¡Hombre! ¡Qué voy a decirle yo!

GABRIEL.—(*Transición*) Es verdad. ¿No me odia usted un poco? ¿No tiene usted celos?

BOBBY.—¿Celos? Pero, hombre, si yo estoy muy acostumbrado.

GABRIEL.—¿Qué dice usted?

BOBBY.—Mire usted. Lo mismo en mi juventud, cuando fui eso que se llama un Don Juan, que ahora, a mis años, cuando ya, casi, casi, soy eso que se llama un viejo verde, jamás me despedí por mi voluntad de ninguna mujer. Todas me han despedido a mí. Yo no puedo. Me encariño con ellas. ¡Soy un sentimental! Y lo curioso es que cuando más las quiero es, precisamente, cuando me dejan en medio de la calle. Yo creo que es un complejo... Claro que si va usted a decir la opinión que le merezco, le ruego que lo haga en francés. El castellano es un idioma demasiado fuerte para definir los complejos. Y las cosas más naturales resultan una barbaridad... (*Sonríe*) Por lo demás, ¿por qué voy a

odiarle a usted? Al contrario, hijo, al contrario. Los hombres nos queremos realmente cuando coincidimos en algo, cuando tenemos los mismos gustos. ¿Y puede haber algo que más nos acerque a usted y a mí que el hecho de que los dos nos hayamos enamorado de nuestra pequeña Patricia?

GABRIEL.—(*Pensativo*) Realmente, eso puede ser verdad.

BOBBY.—¡Naturalmente! Por eso hay tantísimos maridos engañados, que sienten una profunda simpatía por el amante de su mujer... Porque coinciden.

GABRIEL.—(*Tímidamente*) ¿La quiere usted todavía?

BOBBY.—Mucho. Ya le he dicho que, cuando más las quiero, es cuando me despiden. De manera que, desde que llegó usted, Patricia me tiene loco. (*Íntimo*) Y usted, en confianza, ¿está muy enamorado de nuestra pequeña?

GABRIEL.—(*Emocionado*) ¡Oh! ¡Con toda mi alma!

BOBBY.—(*Muy conmovido*) ¡Hijo mío! Y aún se asombra usted de que le quiera. ¡¡Deme otro abrazo!!

GABRIEL.—¡Y mil!

(Se abrazan, otra vez. Se dan amigables palmaditas en la espalda. Y, de pronto, aparece Mercedes, la doncella, muy sofocada)

MERCEDES.—¡Señorito Gabriel!

(Gabriel y Bobby van hacia ella)

GABRIEL.—¿Qué pasa?

BOBBY.—¿Qué ocurre?

MERCEDES.—(*Consternada*) La señorita Patricia...

LOS DOS.—¿Qué?

MERCEDES.—La señorita Patricia, que se ha puesto a beber con la señora del señorito, y, como la infeliz no tiene costumbre, pues... (*Se echa a llorar*) ¡¡Ya se ha puesto a cantar!!

GABRIEL.—¡¡Oh!!

BOBBY.—¡Demonio!

MERCEDES.—(*Indignadísima*) ¡La culpa de todo la tiene la señora del señorito, que ha venido a esta casa a enseñarle malas costumbres a la señorita!

GABRIEL.—(*Furioso*) Sí, es ella. Ya sabía yo que algo iba a suceder. Lo sabía...

(Surge Verónica en la puerta de la alcoba. Está muy compungida. Se pone un dedo en los labios)

VERÓNICA.—¡Chiss! No grites.

GABRIEL.—¡Verónica! ¿Qué has hecho? ¿Qué le ocurre a Patricia?

VERÓNICA.—Patricia... está borracha.

GABRIEL.—¡¡Qué!!

VERÓNICA.—(*Muy humilde*) No me mires así. Yo no he tenido la culpa. Ni siquiera sé cómo ha podido ocurrir... Yo estaba enseñándole a hacer cócteles. Y la pobrecilla se empeñaba en probarlos todos. Porque es muy golosa. ¿sabes? Luego, tomamos un Martini. Después, otro, y ya se puso a cantar... Y, cuando tomamos el tercero, no quieras saber.

GABRIEL.—¡Oh!

VERÓNICA.—Pero, estate tranquilo. La he acostado y le he echado una manta...

GABRIEL.—(*Frenético*) ¡Quita de mi vista! ¡Déjame entrar!

VERÓNICA.—¡¡No!! Eso, no. No la veas ahora. Una mujer en ese estado es algo repugnante. Da asco. Te lo aseguro...

GABRIEL.—¡Oh!

(*Gabriel, desolado, se deja caer en un sillón y esconde la cara entre las manos*)

VERÓNICA.—¡Pobre muchacha! Mañana estará bien. (*Una transición. Apuradísima*) Pero, Dios mío, ahora que caigo. Lo peor de todo esto es que estos tórtolos tendrán que aplazar su viaje a Estoril...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Un interior muy moderno, de paredes claras y telas alegres, en casa de Verónica y Gabriel. Algún cuadro impetuosamente futurista. Un velador delicadísimo, muy propio para desayunar o tomar el té. A la derecha, un gran espejo sobre la pared, en la perpendicular de un mueble idóneo. Tibia y amable luz de pantallas. Un espléndido sofá, ante el cual hay una pequeña mesita con teléfono y una gran fotografía de Gabriel, enmarcada.

Una puerta a la derecha, hacia el interior. Otra, en la izquierda, que da a una alcoba. Y una entrada al fondo, en chaflán, con pasillo que, indudablemente, conduce al vestíbulo. Al fondo, también, un balcón con las cortinas corridas. Son alrededor de las once de la noche.

(Cuando se levanta el telón, Verónica, en el sofá, fuma, indolente, un cigarrillo, y ojea una revista. A los pocos segundos entra Damián. Un criado de avanzada edad, muy ceremonioso y estirado. Trae, en una bandeja, servicio de café para la señora. Sirve en silencio y luego, siempre callado, se dispone a marchar por donde entró)

VERÓNICA.—¡Damián!

DAMIÁN.—¡Señora!

VERÓNICA.—Podéis acostaros.

DAMIÁN.—Está bien, señora.

VERÓNICA.—Yo voy a salir y volveré tarde. Voy al Palace, a una fiesta de la Prensa. Naturalmente, no iré sola. Dentro de unos minutos vendrá a buscarme un caballero. Se llama Bobby y, ya verás, es encantador. Nos hemos conocido esta mañana, pero, como los dos tenemos las mismas ideas, nos hemos compenetrado en seguida. Después, me ha invitado a almorzar, y esta noche me lleva al Palace. ¿Comprendes?

(Damián ha escuchado estas palabras con profundo disgusto)

DAMIÁN.—¡Señora! Si la señora lo permite, le diré que esto es demasiado... La señora se marcha esta noche al Palace a bailar alegremente con un desconocido, y esta mañana el señor ha abandonado a la señora para siempre. ¿Cree la señora que en esta casa hay sentido moral?

VERÓNICA.—Damián, no seas ridículo. (*Se indigna*) Estas cosas pasan, ahora, en las mejores familias...

DAMIÁN.—Sí, señora. Pero, ¿qué diría el padre de la señora si levantara la cabeza? ¡Un caballero, como él, que durante treinta años fue diputado conservador por Galicia! (*Se entusiasma con la evocación*) Todavía veo al señor en las sesiones del Congreso. ¡Cómo hablaba aquel hombre! Con qué entusiasmo defendía los principios del honor y de la familia cristiana... ¡Si el país supiera que la poca decencia que nos queda se la debe casi toda al padre de la señora!

VERÓNICA.—Mira, Damián. Todo el mundo dice que papá era muy pesado...

DAMIÁN.—¡Sí, señora! (*Orgullosísimo*) Muy pesado. Como todos los grandes hombres... (*Transición*) ¿Comprende ahora la señora por qué a un hombre de mis ideas, antiguo miembro del partido conservador, le resulta muy dolorosa la conducta de la señora y del señor?

VERÓNICA.—¡Damián!

DAMIÁN.—¡Señora!

(Verónica se pone súbitamente en pie y tiende al criado un papelito)

VERÓNICA.—Llama por teléfono a este número.

DAMIÁN.—Sí, señora.

VERÓNICA.—(*Naturalísima*) Es el teléfono de la amante de mi marido...

DAMIÁN.—(*Aterrado*) ¡Señora!!

VERÓNICA.—Pregunta cómo está la señorita Patricia. Di que estoy muy preocupada por ella... ¡Ah! Y dile, también, que la quiero muchísimo. Pero de verdad.

DAMIÁN.—¡No!! No, señora. Yo, no. ¡Por piedad!

(Verónica, inexorable, sale sonriendo con mucha desenvoltura. El criado saca un pañuelo y se seca el sudor)

¡Yo! ¡Un antiguo conservador!

(Toma el auricular, dolorosamente, con una tremenda repugnancia, y marca un número)

Oiga... Por favor. ¿21-11-45? Escuche. La señora esposa del señor está muy inquieta por la salud de la señorita amante del señor... Dígame cómo está la señorita Patricia.

(Surge Patricia, en el fondo, a punto de oír la última frase. Viene muy agitada, con huellas de haber llorado en abundancia)

PATRICIA.—Estoy desesperada... Gracias. Pero, no es necesario que me telefonee.
¡Estoy aquí!

DAMIÁN.—*(Casi en un salto)* ¡Señorita! ¿De verdad es usted la amante del señor?

PATRICIA.—*(Amablemente)* Para servirle.

DAMIÁN.—*(Con espanto)* ¿A mí?

PATRICIA.—¿Cómo está usted? La doncella me ha dicho que espere aquí. ¿Cree usted que la señora podrá recibirme a esta hora? *(Un sollozo)* ¡Dígale que la necesito! Dígale que la quiero con toda mi alma...

DAMIÁN.—¿Usted también?

PATRICIA.—¡Sí!

DAMIÁN.—¡Oh! ¡Santo Dios! Pero, si resulta que se quieren de verdad...

(Sale, claro, haciéndose cruces. Patricia, sola, en medio de un absoluto desconsuelo, se deja caer en el sofá y llora amargamente. Entra Verónica, muy presurosa)

VERÓNICA.—¡Patricia! ¿Está usted llorando?

PATRICIA.—¡Sí!

VERÓNICA.—*(En un arranque generoso)* Pues llore... ¡Pero en mis brazos!

PATRICIA.—¡Gracias!

(Patricia corre hacia Verónica. Esta la estrecha y la acaricia. Después, la conduce con suavidad hasta el sofá y allí la cuida con amor)

VERÓNICA.—Pobrecita, cómo debe sufrir. Ea, ea, un poco de calma. Ya veo que se siente usted muy desgraciada. Pero no siga usted llorando, porque voy a llorar yo también... Vamos. Apóyese en mí. Así. No sé qué pensar. No me atrevo a preguntarle qué ha sucedido... *(De pronto. Una agudísima sospecha)* ¿Tiene mi marido la culpa de su desgracia?

PATRICIA.—*(Entre sus lágrimas, con muchísimo coraje)* ¡Sí!! ¡Él es el culpable!!

VERÓNICA.—*(Muy indignada)* Me lo figuré. ¡Ah! Pues, eso sí que no. *(En pie)* Si mi marido es el causante de que usted derrame estas lágrimas, le juro que se las tendrá que ver conmigo.

PATRICIA.—*(Conmovida)* ¡Qué buena es usted! Por algo decía que iba a ser mi madre...

VERÓNICA.—Y lo seré. ¡Cuéntemelo todo!

PATRICIA.—¿No lo adivina usted? (*Dramáticamente*) ¡Gabriel me ha abandonado!

VERÓNICA.—(*Muy bajo. Un brillo en los ojos. Suspensa*) ¡Que la ha abandonado!

PATRICIA.—¡Sí!

VERÓNICA.—(*En su tono, otra vez*) ¡Qué sinvergüenza!

PATRICIA.—Me parece que todo ha sido un sueño. Casi no puedo recordar nada.

Esta mañana, cuando usted me enseñaba a hacer cócteles, yo me sentí, de pronto, un poco enferma... La cabeza me daba vueltas. Total: cuando desperté eran las seis de la tarde. Entonces supe que usted y Bobby habían salido juntos a almorzar, y que Gabriel, después de una hora dando vueltas como un loco por toda la casa, había desaparecido. (*Llorando, otra vez*) Ya no sé más... Le he esperado, inútilmente, toda la tarde. Mi equipaje está listo desde esta mañana. Han dado las siete, las ocho, las nueve, las diez. ¡Pero Gabriel no ha vuelto! Y ya no me cabe ninguna duda: es que me ha abandonado. ¡Ha huido!

VERÓNICA.—¡Qué fresco!

PATRICIA.—(*Con desesperación*) ¡Y esto con las maletas preparadas, como quien dice a punto de emprender nuestro viaje de bodas!

VERÓNICA.—(*En jarras*) Vamos. ¿Se puede ver con calma el sufrimiento de esta criatura?

PATRICIA.—(*Lo mismo*) ¿Se puede hacer esto con una mujer?

VERÓNICA.—¿Se puede jugar así con esta pobre infeliz, después de haberla jurado amor para toda la vida? Pero, ¿es que los hombres no tienen conciencia? ¿Se puede abandonar a una muchacha como esta, que es una joya, por un pelandusca cualquiera?

PATRICIA.—(*Alarmadísima*) ¡Verónica! ¿Qué está usted diciendo? ¿De qué habla?

VERÓNICA.—Es que tengo un presentimiento. Y mis presentimientos no me engañan jamás... (*Mirándola con profunda pena*) Creo que hay otra mujer por medio.

PATRICIA.—¿Otra? (*Con espanto*) ¿Gabriel sería capaz de abandonarme por otra mujer?

VERÓNICA.—(*Experta*) ¡Oh! Es su costumbre.

PATRICIA.—No, no. (*Muy digna*) ¡Eso no sería decente!

VERÓNICA.—¡Calcule!

PATRICIA.—¡Qué horror!

VERÓNICA.—¡Ay, querida mía!

(*Se acerca a ella y le da unos cariñosos cachetitos en la mejilla, con afectuosísima protección*)

Se hubiera usted evitado esas lágrimas, y otras muchas que derramará, si, cuando se enamoró usted de mi marido, hubiera usted venido a pedirme informes a mí, que para algo soy su mujer. *(Un suspiro)* Pero, en fin, ya no tiene remedio. No llore usted más. Está usted locamente enamorada, y voy a ayudarla. Lo importante es que, cuanto antes, encontremos a mi marido...

PATRICIA.—¿Dónde se habrá metido?

(Muy sigiloso, surge Damián y llama)

DAMIÁN.—¡Chiss! Señora...

VERÓNICA.—¡Damián! ¿Has estado escuchando?

DAMIÁN.—Sí, señora. Cualquiera, en mi lugar, hubiera hecho lo mismo... Por eso, me creo en el deber de advertir a las señoras que no es necesario hacer indagaciones sobre el paradero del señor. ¡El señor ha llegado a casa hace cinco minutos!

(Verónica y Patricia, muy agitadas, van hacia el criado)

PATRICIA.—*(Un chillido)* ¡¡Ay!!

VERÓNICA.—*(Temblorosa, emocionadísima)* ¿Qué dices, Damián? ¿Que ha vuelto?

DAMIÁN.—Sí señora. Está en el despacho. Entró con su llave; casi de puntillas... Traía muy mala cara, y ni siquiera dio las buenas noches. *(Muy diligente, prometiéndoselas muy felices)* ¿Puedo comunicar al señor que las dos señoras le necesitan para reñirle muy seriamente?

VERÓNICA.—¡¡No!!

PATRICIA.—¡No! Ahora, no. He llorado demasiado. Debo de estar horrible...

VERÓNICA.—*(Muy excitada)* ¡Damián! Llévate a la señorita al último rincón de la casa. *(Muy enérgica)* ¡¡Al cuarto de planchar!! ¡Que no la vea mi marido! ¡Yo llamaré!

PATRICIA.—*(Muy nerviosa)* Sí, sí. Eso es...

VERÓNICA.—*(Más nerviosa todavía)* ¡Vamos! ¿No me has oído? ¡Llévatela!

DAMIÁN.—Sí, sí, señora. Por aquí, señorita.

(Patricia y Damián salen. Apenas han salido, Verónica corre al fondo y se asoma al pasillo que se pierde. Vuelve. Sola, en un estremecimiento de gozo, ríe y solloza al mismo tiempo. Está loca de alegría. Murmura, sin cesar, para sí misma)

VERÓNICA.—¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto!

(Se deja caer en el sofá. Lloro dichosamente, en silencio. Una pausa. Prudente, asoma, por el fondo, Bobby, de etiqueta. Desde la puerta, se queda un buen rato contemplando a Verónica... Avanza, risueño, despacito, de puntillas, hasta situarse junto al sofá. Ella, en su mundo, no le ha oído llegar)

BOBBY.—¡Je! ¡Bravo!

VERÓNICA.—¡Oh!

BOBBY.—¡Chiss! Siga, siga usted llorando. Yo, ya soy de confianza. Conmigo no es preciso que continúe usted fingiendo. Ande, llore, llore.

(Verónica le mira con los ojos llenos de lágrimas y baja la cabeza, avergonzada)

VERÓNICA.—¡Bobby!

BOBBY.—*(Paternal)* Pero, hija mía, ¿creía usted que a mí también me había engañado? *(Ríe bajito)* ¡Quia! Yo soy ya demasiado viejo. Y las mujeres me han engañado de tantas maneras, que ya no me pueden engañar de ninguna... Vamos, ¿no es verdad que toda su actitud de mujer despreocupada es una farsa? ¿No es cierto que está usted muy enamorada de su marido? ¿Eh? Dígalo, dígalo...

VERÓNICA.—Sí... ¡Le quiero!

BOBBY.—¡Ajajá!

VERÓNICA.—Esta mañana, cuando me dijo que se iba para siempre con otra, creí morir de angustia y de miedo. ¡Solo tuve fuerzas para exigirle que me llevara al lado de esa mujer! Ya puede usted figurarse con qué intenciones... *(Se pone en pie, terrible)* ¡Quería darle una paliza y arrancarla el pelo!

BOBBY.—*(Muy bondadoso)* ¡Claro! Lo natural...

VERÓNICA.—Pero, allí, en el vestíbulo de aquella casa, mientras esperaba que me recibiera la amante de mi marido... *(Un gemido)* ¿Se da usted cuenta de la situación?

BOBBY.—Sí, hija. ¡Un vodevil!

VERÓNICA.—¡No! Una tragedia.

BOBBY.—Da igual. Es que, ahora, con la civilización, todo es vodevil. Ya no hay tragedia más que en los pueblos...

VERÓNICA.—Allí mismo comprendí que, con el escándalo, perdería a Gabriel para siempre... Es un niño rebelde y caprichoso: cuando se le contraría, pone más empeño en hacer su voluntad. *(Un suave sollozo)* ¡Y yo no puedo perderle, Bobby! Le quiero... Durante diez años de matrimonio, nuestra vida ha sido un infierno. Eso sí... Son diez años tremendos de discusiones y peleas.

Con decirle a usted que, cuando discutimos, como ya he agotado todas las palabras que le molestan, solo se me ocurre decirle muchas veces: Estúpido, estúpido, estúpido...

BOBBY.—¡Caray!

VERÓNICA.—(*Un suspiro lleno de nostalgia*) ¡Qué riñas hemos tenido! De todos modos y en todas partes... En casa, en la calle, en el cine. Hasta en una fiesta de la Embajada inglesa, que ya es el colmo. Fue una bronca mayúscula. Tuvo que intervenir el embajador, y me dio la razón a mí, naturalmente. Pero no nos volvieron a invitar... Ya sabe cómo son los ingleses...

BOBBY.—Sí, hija. Unos exagerados. Se molestan por nada.

VERÓNICA.—Pues, después de todo eso, le confieso que no puedo vivir sin mi marido. Lo comprendí esta mañana, a punto de perderlo, allí mismo; ¡quién lo iba a decir!, en el vestíbulo de aquella casa. Y, todavía, no sé cómo se me ocurrió, pero vi tan claro todo lo que tenía que hacer... ¡Oh! Nada de escándalos al viejo estilo de la mujer casada, que llora, grita, se desmaya y, además, pierde el marido. ¡Quia! Todo eso ha pasado. Es del cine mudo... (*Con aire triunfal*) Ahora hay que luchar con otras armas. Se finge, se miente, se sonríe. Si es preciso, se deja de ser una señora, todo lo estúpidamente señoras que eran nuestras madres, y acude una allí, frente a la otra, a su propio nido. (*Transición*) Por cierto, se da una cada chasco... Resulta que estas chicas no son como cree la gente, ni muchos menos. Están muy bien educadas y saben hasta francés.

BOBBY.—(*Ponderativo*) ¡Naturalmente! Como que algunas son de muy buena familia...

VERÓNICA.—Usted no sabe cómo tuve que dominarme y fingir y mentir y sonreír... Fue horrible. Pero vencí. A los pocos minutos de estar allí, los tres juntos, Patricia y yo éramos aliadas contra mi marido. Yo creí que se me volvía loco el pobrecito. (*Con muchísima ternura*) Cómo tuve que calumniarle. ¡Yo tenía que separarlos por todos los medios! Pero todo era poco. El tiempo pasaba, y en la calle aguardaba el coche, dispuesto para llevárselos muy lejos. Claro que ya no iban a París, sino a Estoril, a donde yo les había mandado, para tenerlos más vigilados. Pero los minutos pasaban y era necesario impedir ese viaje de cualquier modo. ¡Qué angustia, Dios mío, qué angustia! De pronto, tuve en mis manos la ocasión...

(*Se calla. Baja los ojos, con rubor*)

Y la emborraché. (*Un suspiro feliz*) Dios me ayudó.

BOBBY.—¡Hola! ¿Usted cree?

PATRICIA.—¡Sí! Cuando le di el tercer Martini, que fue el que le sentó peor, yo estaba rezando...

BOBBY.—(*Ríe*) ¡Oh!

VERÓNICA.—(*Una transición*) ¡Estúpido! ¡Abandonarme a mí por esa pavisosa que no resiste tres copas! Esa hipócrita, lagartona, con sus ínfulas de moral...

BOBBY.—¡Oh, no, no! (*Con suavidad*) Está usted equivocada...

VERÓNICA.—(*Airada*) ¿Va usted a defenderla?

BOBBY.—¿Y por qué no? ¡Si no hay nada hipócrita en la actitud de la muchacha! Es que, sencillamente, ella cree, con toda fe, en su verdad, en la verdad que ella se ha inventado.

VERÓNICA.—(*Ceñuda*) ¿Qué quiere usted decir?

BOBBY.—¡Je! Es tan difícil que usted lo entienda... (*Sonríe*) Verónica, hija mía: en la vida no se puede vivir sin moral. Por eso, cuando una mujer pierde la auténtica moral, se inventa otra, a su gusto, para seguir viviendo. ¿Entiende usted ahora? Patricia tiene una moral para ella solita. Una moral muy curiosa, que le permite tener siempre, uno tras otro, lo que se llama un protector. Ahora bien: es incapaz de engañar a ninguno; esta es, precisamente, su moral. Figúrese usted si lo sabré yo. Antes de entrar en relaciones con su marido, me ha despedido a mí. No se puede ser más decente. Yo, la verdad, le estoy agradecidísimo...

VERÓNICA.—¡Bobby!

BOBBY.—¡Ah! Y si el pretendiente es casado, entonces, Patricia le obliga a elegir entre ella y su mujer legítima. La muchacha es enemiga del adulterio: no le gusta, vaya. No me negará usted que, desde el punto de vista de su moral, Patricia es de una decencia de lo que no hay... Como que por eso tiene tanto éxito. A los hombres, cuando buscan una amante les gusta que sea así, muy mujer de su casa... Vamos, lo más decente posible.

(Verónica, durante todo el discurso de Bobby, no ha dejado de mirarle con enorme atención)

VERÓNICA.—¡Bobby! ¡Usted es un sinvergüenza!

BOBBY.—(*Muy natural*) Claro que sí, hijita. Desde luego. Cuando se comprende que en la vida todos tenemos un poco de razón es porque uno es un sinvergüenza. Pero está visto que solo así, con un poco de cinismo, se puede tener la conciencia tranquila. Lo triste es que pasan muchos años hasta que uno ve con claridad todas estas cosas. Por eso, hijita mía, los mayores sinvergüenzas los encontrará usted siempre entre los hombres de mi generación...

(Se levanta, va hacia ella, se sienta a su lado en el sofá y le toma, paternalmente, una mano)

¿Sabe usted, Verónica, por qué se resiste usted a creer en esa curiosa moral de Patricia? Muy sencillo. Porque para usted la moral no tiene importancia... Escuche, escuche. Usted no ha perdido la moral, ni la perderá jamás. Usted es una mujer muy de hoy, muy libre, muy desenvuelta, terrible. Bien lo ha demostrado usted esta mañana. Pero, con todas sus audacias, sería usted incapaz de engañar a su marido, ni siquiera con la imaginación, que es, en definitiva, en lo que consiste la moral de una mujer casada. *(Pensativo)* Por lo demás, hija mía, esta mañana, no solo ha engañado usted a la pobre Patricia. No, no. Ha hecho usted algo más peligroso, más grave. Algo terrible.

VERÓNICA.—¿De veras?

BOBBY.—Sí... Usted, una señora, una mujer de la otra zona de la sociedad, con su presencia en aquella casa, con su amistad fingida, aceptando alegremente lo que sucedía, le ha dado la razón... Y, cuando a los que no tienen razón, se les da la razón, los pobres acaban creyendo que su razón es la única verdadera. Se hacen ilusiones. ¡Sueñan! *(Tiernamente)* ¡Pobre Patricia! Ahora está soñando...

VERÓNICA.—¿La quiere usted todavía?

BOBBY.—¡Huy! Muchísimo. Es una debilidad, ya lo sé. Pero si a la gente tuviéramos que quererla por sus virtudes y no por sus defectos, no sé por qué razón íbamos a querer a nadie. *(Sonríe)* El amor no tiene razones. Ya ve usted por dónde, usted, que es una señora, y yo, que soy un golfo, hemos coincidido esta mañana, por amor, en que lo más práctico era no llevarles la contraria a nuestros dos tortolitos... ¡Qué chicos! *(Se ríe muy tiernamente)*

VERÓNICA.—*(Tímidamente)* Están ahí.

BOBBY.—*(Casi en un salto)* ¿Dónde?

VERÓNICA.—Patricia, en el cuarto de la plancha, y mi marido en el despacho... ¿Qué vamos a hacer, Bobby?

BOBBY.—¡Porras! Ya sabía yo que nos volveríamos a encontrar los cuatro. Pero no supuse que sería tan pronto, la verdad.

(En este instante, Gabriel asoma por la entrada del fondo. Viene muy abatido y trae un espantoso mal humor...)

GABRIEL.—*(Con timidez)* ¿Se puede?

VERÓNICA.—¡Oh!

(Bobby se vuelve, sin levantarse, pero alegrísimo. Verónica escapa hacia la derecha. Y, de vez en cuando, observa de reojo a su marido, poseída de un tiernísimo coraje)

BOBBY.—¡Hola, Gabrielito! Pase, pase.

GABRIEL.—¿No molesto?

BOBBY.—Nada, hombre. Entre nosotros...

GABRIEL.—¡Gracias!

(Entra, lentamente. Se sienta muy lejos de Verónica, al otro extremo de la habitación. Bobby, en el centro, muy orondo, sentado en el sofá, toma olímpicamente un cigarro puro de una cajita próxima y lo enciende, expeliendo grandes bocanadas de humo. Se siente muy feliz. Un gran silencio)

BOBBY.—¡Je!

GABRIEL.—¿De verdad no les molesto a ustedes?

BOBBY.—Que no, hombre, que no. *(Muy campechano)* Se lo diríamos con toda confianza. ¡Je! ¿Verdad, Verónica?

(Verónica calla. Un silencio espantoso. De pronto, Bobby se vuelve, muy solícito, hacia Gabriel)

¿Quiere usted tomar algo?

GABRIEL.—No. Gracias.

BOBBY.—¿Un coñac? ¿Un cigarro?

GABRIEL.—No, no. Muchas gracias.

BOBBY.—A su gusto, hijo; a su gusto.

(Bobby, encantado, fuma aparatosamente. Otro silencio. Gabriel, en medio de su turbación, observa a Bobby con gran interés)

GABRIEL.—Oiga... ¿Es que se ha instalado usted en mi casa?

BOBBY.—*(Alegremente)* Hombre, tanto como instalarme... De momento, todavía no.

GABRIEL.—¿Qué quiere usted decir con ese «de momento»?

BOBBY.—¡Je! Vamos, no me haga usted hablar demasiado...

(Bobby mira, pícaramente, a Verónica. Gabriel, incrédulo, los mira a los dos)

No es oportuno. ¡Je!

GABRIEL.—¡Ah! ¿Sí?

BOBBY.—(*Un suspiro, casi solemne*) ¿Es que no lo adivina usted? Verónica y yo hemos comenzado hoy una amistad, una gran amistad, que se estrechará más día a día... Hemos almorzado juntos en el campo y ahora nos vamos un rato a una fiestecita. Es que ya no sabemos separarnos... (*Transición*) En fin, querido, si algún día me pierdo, que me busquen en su casa. Me gusta. Como que esto es lo que yo estaba necesitando. Un hogar. Un verdadero hogar. (*Mirando en torno*) Sin embargo, me parece que habrá que hacer algunas reformas...

GABRIEL.—(*Con un coraje enorme*) ¡Cállese usted!

BOBBY.—(*Con extrañeza*) ¿Qué le ocurre? ¿Acaso le disgusta que intente mejorar la casa?

GABRIEL.—¡Le digo que se calle!!

BOBBY.—(*Como una víctima*) ¡Oh! Está bien.

(*Otro silencio. Después, Verónica, sin volverse, murmura muy bajo*)

VERÓNICA.—¡Gabriel! (*Silencio*) ¿Por qué has vuelto?

GABRIEL.—(*Turbado*) Verás. Había olvidado unos documentos importantes. Una carta de crédito, el certificado de divisas... ¿Comprendes?

BOBBY.—¡Ah! ¡Siempre los dichosos papeles! ¿Qué es un hombre ahora? Nada. Lo que importan son sus papeles. Y así va el mundo. En mis tiempos solo sacaban cédula los sospechosos...

GABRIEL.—(*Indignado*) ¡Cállese! ¡No me importa nada de lo que ocurría en sus tiempos!

BOBBY.—(*Casi ofendido*) Bien. Me callaré. (*Otra pausa. Ahora, levísima*).

VERÓNICA.—Pensé que quizá vinieras a despedirte de mí...

GABRIEL.—No, realmente, no es necesario. ¿No crees?

VERÓNICA.—¿Te irás pronto?

GABRIEL.—Sí. Dentro de unos instantes. Patricia me espera.

VERÓNICA.—¿Definitivamente? ¿Para siempre?

GABRIEL.—¡Sí! Ya no hay nada que lo pueda impedir... Esta mañana has jugado tu última carta.

VERÓNICA.—(*Con un debilísimo temblor en la voz*) Entonces, ¿es la última vez que nos vemos?

GABRIEL.—Sí... La última.

VERÓNICA.—(*Escondiendo una lágrima*) A pesar de todo, nos hemos querido mucho. ¿Te acuerdas?

GABRIEL.—*(Suspira)* Hace tanto tiempo...

VERÓNICA.—¡Diez años!

BOBBY.—¡Je! ¡El matrimonio! *(Muy divertido)* ¿Saben ustedes por qué no me casé yo? Porque tengo una bronquitis crónica y toso mucho de noche. Y, la verdad, obligar a una pobrecita a que no pegara un ojo, no me parecía delicado...

(Gabriel no puede resistir más y se pone en pie, colérico. Bobby, asustadísimo, también)

GABRIEL.—¡Bobby!! Si no se calla usted... ¡Lo mato!

BOBBY.—¡Porras!

(Cada uno se vuelve a su lugar. Verónica, lentamente, cruza y pasa hacia la puerta de la alcoba. Gabriel la sigue con la mirada)

VERÓNICA.—Adiós, Gabriel.

GABRIEL.—Adiós.

(Verónica se detiene un instante, con la mano puesta en el picaporte de la alcoba. Y, sin mirarle)

VERÓNICA.—Si quieres, puedes darme un beso.

GABRIEL.—No... *(Transición. Irónico)* Delante de Bobby no sería delicado.

BOBBY.—*(Tan campante)* Hombre, por mí... Ya sabe usted que yo tengo unas ideas muy amplias. Bésela, bésela.

GABRIEL.—Gracias. Se lo agradezco a usted muchísimo. Pero no debo...

VERÓNICA.—No. Tiene razón. Un beso, ahora, sería engañar a la pobre Patricia. Y no sería decente. *(Suspira)* Es que, a veces, no puede evitar una tener un mal pensamiento...

(Entra, definitivamente, en la alcoba. Inmediatamente, Gabriel se vuelve con violencia hacia Bobby)

GABRIEL.—¡Bobby!!

BOBBY.—*(Retrocediendo)* Gabrielito, hijo.

GABRIEL.—¡Óigame!

BOBBY.—¿Se ha vuelto usted loco?

GABRIEL.—¡Óigame! Le prohíbo que se aproveche de las circunstancias para hacerle el amor a Verónica en mi propia casa... ¿Me oye?

BOBBY.—Oiga, oiga. ¿Y con qué derecho?

GABRIEL.—(*Frenético*) Pero, ¿se olvida usted de que Verónica es mi mujer?

BOBBY.—¡¡Ca!!

GABRIEL.—¿Cómo que no?

BOBBY.—No, hombre, no. Con arreglo a mi Código Moral, Verónica es una mujer abandonada por su marido, lo cual quiere decir que es una mujer absolutamente libre...

GABRIEL.—(*Indignado*) ¡Señor mío! Sepa usted que todo el que tiene un Código Moral para su uso particular es un perfecto sinvergüenza...

BOBBY.—(*Muy satisfecho*) Sí, señor. Mírenos usted a nosotros. Dos sinvergüenzas.

GABRIEL.—¿Quiere usted decir que yo soy tan inmoral y tan desvergonzado como usted?

BOBBY.—Por ahora, sí. Pero, llegará usted más lejos. Porque hay que ver cómo ha empezado usted. ¿O es que no es usted el mismo individuo que ha abandonado a su mujer esta mañana dispuesto a vivir al lado de una amante toda la vida? (*Se va indignando a medida que habla*) Vamos, hombre. Y, por si aún fuera poca esta hazaña, hay que ver con qué malas artes me ha quitado usted a Patricia. ¡Oh! Le ha hecho usted creer unas fantasías... Le ha hecho usted creer que es inteligente. ¡Ángel de Dios! Le ha hecho usted creer que le gusta Beethoven, cuando usted sabe muy bien que lo que a ella la vuelve loca es el género chico. Y, claro, como todas estas muchachas están deseando ser inteligentes y que les guste Beethoven, dos cosas que no consiguen nunca, pues, la pobre no ha podido resistir. (*Mirándole de lejos, más indignado todavía*) ¡Grandísimo embustero! (*En el colmo*) ¡Y todavía tiene la audacia de enfadarse porque me gusta su mujer! Pero, hombre. ¿A dónde va usted a llegar?

(Durante estas airadas palabras de Bobby, Gabriel ha ido, paulatinamente, cambiando de gesto y de actitud. Ha vuelto otra vez a su sillón, humildemente. Un silencio largo)

GABRIEL.—¡Bobby! Yo me he equivocado...

BOBBY.—¿Qué dice?

GABRIEL.—Sí, sí. Me he equivocado. Durante diez años de matrimonio desgraciado, he envidiado, con todo el alma, a esos maridos que, en un momento de heroísmo, rompen con las conveniencias sociales y escapan detrás de otra mujer. Muchos días llegué a creer que la felicidad era siempre así: algo maravillosamente inmoral. (*Con amargura*) Y aquí me tiene usted, convertido

en un marido audaz de esos que tanto he admirado, tan decidido como el que más. He roto con la sociedad. Ya he abandonado a Verónica, ya está mi vida unida a la de otra mujer. Pero... ¿Qué quiere usted que le diga? Todo esto no es como yo me lo imaginaba. *(Con evidente desconsuelo)* Al contrario: estoy sufriendo horrores. Como que desde esta mañana, desde que soy un auténtico sinvergüenza, estoy haciendo unos esfuerzos tremendos por no llorar...

(Bobby, impresionado, acude a su lado, muy solícito)

BOBBY.—Hombre, hombre... ¿De veras?

GABRIEL.—¡Bobby! Compadezca usted a todos los hombres que engañan a las mujeres... Los infelices lo pasan muy mal. ¿Y sabe usted por qué? Porque aunque nadie lo diga, aunque todos se lo callen, el adulterio le pone a uno en ridículo...

BOBBY.—Oiga... ¿No exagera usted un poco?

GABRIEL.—¡No!! En el adulterio no se puede ser más que la víctima. Es la única postura brillante y cómoda. ¡Como que casi envidio ahora a los maridos engañados! Por algo en el teatro son siempre personajes de gran público... En este caso mío todavía hay algo más grotesco para mí. Sí. La víctima es mi mujer... ¡Mi mujer! ¿Cree usted que a una mujer que juega con todos se la puede considerar víctima de nadie pase lo que pase? *(Transición)* Escuche usted, Bobby. Yo me había refugiado en Patricia huyendo de mi mujer porque descubrí en Patricia todo lo que yo hubiera deseado encontrar en Verónica. Una docilidad, una modestia, una dulzura. ¡Otro cariño! Para Patricia, mis pequeños caprichos son órdenes. Para Verónica, mis órdenes son, ¡pche!, caprichos. ¿Se entera usted? Esa Patricia, mi Patricia, no sé si la real o la que yo soñaba, era el ideal. ¡Mi querido ideal! ¡Me sentía orgulloso de ella! *(Transición)* Pues bien: esta mañana, en mi presencia, mi mujer ha dejado en ridículo a mi ideal... ¡Y en qué ridículo, Bobby! Verónica no solo ha puesto en ridículo la idea maravillosa que yo tenía de Patricia, pobre Patricia, sino que ha ridiculizado también todos mis sueños de diez años. ¡Todas mis antiguas ilusiones de libertad me han parecido de pronto grotescas! ¡Mi mujer ha matado mi ideal! ¡Bobby!! ¡Mi mujer es una delincuente!

BOBBY.—¡Hombre!!

GABRIEL.—Porque el ridículo ha sido espantoso, Bobby. *(Se estremece recordando)* Esta mañana, cuando a punto de volverme loco, entré un momento en la alcoba de Patricia...

BOBBY.—¿Qué?

GABRIEL.—*(Desesperado)* Se había dormido... ¡Y tenía hipo!

BOBBY.—(*Consternado*) ¿Hipo?

GABRIEL.—(*Asintiendo*) Hipo. Desde hoy por muy feliz que sea mi vida al lado de Patricia creo que la recordaré siempre así... (*Dolorosamente*) Mi mujer ha hecho que mi adulterio sea un adulterio desgraciado. Como un matrimonio, ni más ni menos...

(*Bobby se acerca, conmovido, y le da unos golpecitos en la espalda*)

BOBBY.—¡Pobre muchacho! Un poco de valor.

GABRIEL.—¡Mi mujer!! ¡Siempre mi mujer! Pero, sí, a veces, creo que la he engañado solo para vengarme de ella. (*Reconcentrado*) Sí, eso es el adulterio. Una venganza. Los maridos no engañan a sus mujeres porque se enamoren de otra mujer. ¡Quia! Procuran enamorarse de otra mujer para vengarse de la suya. Yo tenía que vengarme de Verónica. ¡Si usted la conociera! ¿Sabe usted que su mayor felicidad es bailar en una «boîte» hasta la madrugada? ¿Le ha dicho a usted que monta a caballo todas las mañanas? ¿Sabe usted que hace trampas al «bridge»? Pero aún hay algo peor que sus terribles modernismos. Sí. Es esa sensación de dominio que se desprende de su persona. Parece invencible... (*Con angustia*) A su lado, no sé por qué, me siento un pobre diablo, un infeliz, un desamparado. Tengo ese complejo. Y, claro, ella lo sabe y se aprovecha y me llama pobrecito. Pobrecito por aquí, y pobrecito por allá. Cuando vamos al cine yo, no lo puedo remediar, me quedo dormido en seguida: es una fatalidad. Entonces, ella me da palmaditas, como a un niño, y me dice: Pobrecito, pobrecito. Ya se ha dormido el pobrecito... Ea, vámonos a casa. Y me lleva a dormir sin terminar la película. Pues ¿y cuando discutimos algún tema intelectual? Me mira, me mira y, sin que lo diga, yo sé lo que está pensando. Lo de siempre. Pobrecito, pobrecito. Yo me pongo furioso. Y para demostrarle que soy bastante inteligente, le recuerdo que soy el número uno de mi promoción en la Escuela de Ingenieros... ¿Y sabe usted lo que ella contesta?

BOBBY.—Vaya usted a saber.

GABRIEL.—¡Ay, pobrecito Gabriel! Ya comprenderás que un hombre que se pasa la vida diciendo que es el número uno de su promoción es completamente tonto...

BOBBY.—¡Qué barbaridad!

GABRIEL.—Además, no se puede discutir con ella. Siempre tiene razón. ¡Todavía dice que la guerra la va a ganar Alemania!

BOBBY.—¡Toma!

GABRIEL.—(*Furioso*) ¿Comprende usted ya todas las razones que tengo para vengarme de mi mujer? ¿Comprende usted por qué la odio? Porque, sépalo usted de una vez. La odio, la odio, la odio. Dentro de unos minutos saldré de esta casa para siempre y no me verá más... Se terminó todo. (*Con angustiosa desesperación*) Y ni siquiera me importa, ¿lo oye usted, Bobby?, ni siquiera me importa que la haga usted el amor. ¡La odio!

(Aparece Verónica en la puerta de la alcoba. Viene esplendorosa, radiante, bellísima. Un traje de noche atrevido, deslumbrante. Los dos hombres, al verla, tienen un involuntario gesto de admiración. Verónica, muy risueña, encantadora, se dirige, muy despacito, al encuentro de Bobby. Gabriel, lejos, está como fascinado)

BOBBY.—(*Jubiloso*) ¡Verónica! ¿Es usted?

VERÓNICA.—(*Sonríe complacida. Muy suave*) Es mi vestido nuevo. Lo mandó «Adelaida» esta tarde. Y pensé que a usted le gustaría sentirse un poco orgulloso de mí en el Palace. ¿De verdad le gusto, Bobby?

BOBBY.—¡Oh, Verónica! Es usted adorable. Pero si parece otra. ¿Qué ha hecho usted?

VERÓNICA.—(*Riendo*) Vamos.

(Se coge ella del brazo de Bobby y marchan los dos hacia el fondo. Allá, en la puerta, se vuelve de pronto y se dirige, severamente, a Gabriel)

VERÓNICA.—¡Gabriel!

GABRIEL.—(*Casi sin voz*) ¿Qué?

VERÓNICA.—(*Dignamente*) ¡Te ruego que no me mires de ese modo tan atrevido!

(Baja los ojos, ruborizada, y se tapa, púdicamente, los hombros con sus pieles)

Resulta bastante desvergonzado...

GABRIEL.—¡Verónica!

(Verónica y Bobby desaparecen. Gabriel, bruscamente, da unos pasos hacia el fondo, como para llamarlos. Con rabia se detiene y regresa. Se hunde en un sillón, se tapa la cara con las manos y parece que va a sollozar. Está rabioso consigo mismo. No sabe

qué hacer. Se levanta, da unos pasos, entra en la alcoba, dejando la puerta un poco entreabierta. Por unos segundos, queda la escena sola. En seguida se oye un murmullo de conversación entre Verónica y Bobby, que vuelven. Entran los dos de nuevo. Verónica, con mucho brío, arroja las pieles sobre el sillón y comienza a pasear de un lado a otro. Está furiosa)

VERÓNICA.—Estúpido, estúpido, estúpido... ¿Dónde está? ¿Dónde se ha metido? Ahora mismo voy a decirle cuatro frescas bien dichas... De manera que esos son los cargos que tiene contra mí. (*Indignada*) Conque soy una dominante, ¿eh? Y, claro, él, una víctima.

BOBBY.—¡Chiss! Hable más bajo.

VERÓNICA.—Pero, Dios mío, ¿qué sería de él si yo no fuera como soy? Si no tiene voluntad. Si todos juegan con él. Si necesita a su lado alguien que le cuide y le proteja. Si es una criatura. Si solo sabe ser bueno. ¡Si se duerme en todas partes! (*Con amargura*) ¡Si todavía no sé cómo acaba «El tercer hombre», porque hemos ido tres veces a verla y las tres hemos salido sin terminar porque se me quedaba dormidito!¹

BOBBY.—¡No grite!

VERÓNICA.—Pobrecito mío, pobrecito. ¡Y aún dice que soy dominante! (*Transición. Furiosa*) ¡Él sí que es un rebelde!

BOBBY.—¡Caray, eso no!

VERÓNICA.—¡¡Lo es!! Si no fuera tan rebelde seguiría mis consejos. El año pasado iban a nombrarle Director General. Solo faltaba que alguien acabara de decidir al Subsecretario. Naturalmente, yo estaba dispuesta a ver al Subsecretario. ¿Quién mejor? Pues se puso como no quiera usted saber. Una fiera. Y, claro, no le nombraron Director. Nombraron a Martínez Anglada porque su mujer se me adelantó y fue a ver al Subsecretario... (*Sollozando*) De modo que él quisiera una mujercita dócil, humilde, de esas a la antigua. ¡Ah, no! Eso, no. Así era yo en los primeros tiempos de nuestro matrimonio. Una pazguata, una tonta, una ridícula. ¿No se lo ha dicho a usted? ¿No le ha dicho que él tiene la culpa de que yo sea como soy? ¿Sabe usted por qué? Porque en aquellos tiempos Gabriel admiraba con toda su alma a las mujeres muy modernas que hacían deporte y jugaban a las cartas. Se le iban los ojos detrás de ellas. Yo sabía que en cualquier momento se me escaparía detrás de una mujer así.

1 *El tercer hombre* (1949): película dirigida por Carol Reed sobre una historia de Graham Greene. Actores principales: Joseph Cotten, Alida Valli, Orson Welles y Trevor Howard. En España se estrenó el 8 de abril de 1950.

Y para no perderle, siempre para no perderle, me dispuse a ser una mujer como las que a él le gustaban entonces. Y lo conseguí. Al poco tiempo era yo más atrevida que ninguna. Gané la carrera de automóviles, aprendí a montar a caballo, empecé a fumar muchísimo y a beber un poquito... Después me fui acostumbrando y, claro, ahora resulta que hago trampas al «bridge». Como todas mis amigas... Pero él lo ha querido así. Solo él.

(Tiene lágrimas en los ojos. Toma la fotografía de Gabriel y, hablándole al retrato, dice:)

Pero, ¿es que ya no te acuerdas, querido mío? Pobrecito mío...

(Se calla. Besa al retrato. Lloro suavemente)

¡Bobby! ¿Qué clase de mujer es la que desean los hombres?

BOBBY.—Hija mía... Los hombres siempre desean la otra. *(Un fugacísimo silencio)*
La que no está a su lado. La que es un sueño.

(Aparece Patricia en la puerta de la derecha. Se queda allí y llama bajito)

PATRICIA.—Hola, Bobby. Chiss, chiss, Verónica.

VERÓNICA.—*(Se vuelve, la ve y se indigna)* ¿Eh? ¿Dónde estaba usted?

PATRICIA.—*(Humildemente)* Donde usted me ha mandado. ¡En el cuarto de planchar! *(Ingenua)* ¿Tengo que esperar mucho todavía?

VERÓNICA.—*(Furiosísima)* ¡Quítese de mi vista!

PATRICIA.—Pero, Verónica...

VERÓNICA.—¡Fuera de aquí! ¡Largo!!

PATRICIA.—*(Muy asustada)* ¡Ay!

(Desaparece Patricia. Verónica, desconsolada, se vuelve hacia Bobby)

VERÓNICA.—¡Esa es la otra!

BOBBY.—Sí...

VERÓNICA.—¡Y se lo va a llevar! *(Desesperada)* ¿Qué puedo hacer yo?

(Un silencio. Desde hace un rato, Bobby está curioseando a través de la puerta de la alcoba entreabierta. Silba, bajito. Verónica se seca las lágrimas y, de pronto:)

¿Está ahí? ¿En nuestra alcoba?

BOBBY.—¡Sí!

VERÓNICA.—¿Qué hace?

BOBBY.—Nada... Está echado en la cama.

VERÓNICA.—¿Duerme?

BOBBY.—Creo que no.

(Otro silencio. Bobby, en el fondo, detrás del sofá. Ella, sentada en el sofá, habla sin volver la cabeza. Una sonrisa orgullosa, femenina)

VERÓNICA.—¿Ha visto usted cómo me miraba hace un momento?

BOBBY.—Sí... Apareció usted tan bonita con su vestido nuevo. A él, de pronto, le pareció usted otra mujer. Una desconocida. Y la miró a usted, hija mía, como la hubiera mirado cualquier hombre que no fuera su marido. Está usted terriblemente atractiva...

(Verónica, inmóvil, piensa algo. Los ojos le brillan. De pronto, se levanta, corre hacia el espejo y se contempla, ufana, toda entera... Sonríe)

VERÓNICA.—¿De veras cree usted que estoy atractiva?

BOBBY.—*(Sonriendo)* ¿No lo sabe usted?

VERÓNICA.—Sí... Realmente, todavía, todavía.

(Vuelve la cabeza hacia la alcoba. Vuelve a mirarse en el espejo)

¡Bobby! *(Se calla)* ¿Sabe usted lo que estoy pensando?

BOBBY.—¡Je! Ya lo creo...

VERÓNICA.—*(Sonrojada)* ¿Y qué le parece?

BOBBY.—Magnífico.

(No se miran. Los dos han hablado muy bajo)

VERÓNICA.—*(Tímidamente)* ¿Cree usted que sería moral?

BOBBY.—Hija mía, yo ya no sé dónde empieza y dónde acaba la moral... Estoy hecho un lío.

VERÓNICA.—(*Avergonzadísima*) ¡Bobby! Tengo muchísima vergüenza...

BOBBY.—¿No le atrae a usted la idea de ser esta noche la otra y vivir una aventura con su propio marido?

VERÓNICA.—(*Un silencio. Muy bajo*) Buenas noches, Bobby.

BOBBY.—Buenas noches, Verónica.

(Bobby le besa la mano, que ella le tiende, sin mirarle, y sale en silencio por el foro. Verónica, sola, se vuelve a mirar de reajo en el espejo. Luego, despacito, muy despacito, marcha hacia la alcoba. En la puerta, se detiene un segundo: parece que está terminando de rezar algo. Se santigua. Empuja la puerta. Entra. La escena, sola. Por el fondo asoma, de nuevo, cauteloso, Bobby. Espera. La puerta de la alcoba se abre con violencia y aparece Gabriel, despavorido, sofocadísimo, limpiándose los labios con un pañuelo)

GABRIEL.—¡Ah, no! Esto sí que no... ¡No, no y no!

BOBBY.—(*Muy ingenuo*) ¿Qué sucede?

GABRIEL.—¡¡Mi mujer!! Mi mujer que ha entrado ahí.. ¡Y me ha dado un beso por sorpresa!

BOBBY.—(*Escandalizado*) ¡Qué barbaridad!

GABRIEL.—(*Indignado*) Pues, no. No, y no. Si cree que va a jugar conmigo está muy equivocada. ¡Conmigo no juega más! Y no me iré sin decírselo. ¡Estoy dispuesto a decirle muchas cosas!

BOBBY.—Dígaselas, dígaselas.

(Gabriel entra furioso en la alcoba. Bobby se acerca muy despacio. Escucha y mueve la cabeza en señal de aprobación. Muy despacito, sin ruido alguno, termina de cerrar la puerta. Espera todavía un poco. Luego, feliz, optimista, risueño, satisfecho, se frota las manos y silba bajito, se ríe solo. Por el otro lado, se oye la voz de Patricia, que discute con Damián. Entran los dos. Patricia, muy acalorada)

PATRICIA.—¡Déjeme usted! ¡Le digo que me deje! No aguanto más... Ya me he cansado de esperar en el cuarto de la plancha.

(Bobby, tranquilísimo, se pone un dedo en los labios)

BOBBY.—¡Chiss! No chilles.

PATRICIA.—¿Dónde está Gabriel?

(Bobby, en silencio, señala la puerta de la alcoba)

¿Ahí? *(Con los ojos muy abiertos)* ¿Y Verónica?

(Bobby señala de igual modo al mismo sitio)

¿Ahí también? ¿Están juntos?

BOBBY.—Sí.

PATRICIA.—*(Aterrada)* Pero, ¿qué habitación es esa?

(Bobby, francamente ruborizado, baja los ojos y calla. Ella se vuelve hacia Damián)

¡Dígame usted!

DAMIÁN.—*(Coloradísimo)* ¡Señorita!

PATRICIA.—¡¡Dígame!!

(Damián, lleno de sofoco, se inclina al oído de Patricia y dice algo. Patricia se estremece y grita)

PATRICIA.—¡¡No!!

DAMIÁN.—¡Sí, señorita!

PATRICIA.—¡¡No!! ¡No es posible!

DAMIÁN.—Sí, señorita. ¡En esta casa todo es posible!

(Patricia, nerviosísima, se deja caer, llorando dramáticamente, en un sillón)

PATRICIA.—¡Ah, miserable! ¡Canalla! ¡Sinvergüenza! Me engaña, me engaña, me engaña... Y para que su traición resulte más infame, me engaña ¡precisamente con mi mejor amiga!

TELÓN

ACTO TERCERO

El mismo decorado del actor anterior. Al día siguiente. Por la mañana.

(Al levantarse el telón están en escena las dos criadas de la casa. Pepita y Elisa. La primera es una mujer de cierta edad; la segunda es una muchacha joven. Las dos visten sus uniformes mañaneros de faena y se protegen los peinados con grandes pañuelos. Cada una de ellas va armada con un estupendo plumero de limpieza. En este momento, Pepita sacude el polvo de algún mueble, mientras Elisa, sentada en el sofá, fuma un cigarrillo, y, con alguna displicencia, ojea los titulares de un diario de la mañana)

ELISA.—«Rusia se prepara para la próxima guerra. Incendio en Sangai. Cincuenta muertos en la explosión de un polvorín. ¿Se desencadenará este invierno la guerra mundial?» *(Transición)* Oye. ¿Te has fijado en qué sosos viene ahora los periódicos?

PEPITA.—Ya, ya. Como no pasa nada...

ELISA.—*(Leyendo, de pronto, algo que la conmueve profundamente)* ¡Ay, Virgen Santísima! Esto sí que es grave...

PEPITA.—¿Qué pasa?

ELISA.—Molowny,² que se ha torcido un pie.

PEPITA.—*(Consternada)* ¡No me digas!

ELISA.—Sí, sí. Como lo oyes... *(Con justísima rabia)* ¡Si ya digo yo que no se pueden leer los periódicos! Si cuando traen algo importante es para hacerle a una sufrir...

(Se pone a leer, con afán, la fatídica noticia. Pepita sigue con la limpieza. Así, un instante. Un timbre suena, fuera, repetidamente, con prisas. Elisa, molestísima, se levanta y arroja el periódico indignada)

¡¡Oh!! ¡Ya voy!

2 Luis Molowny: jugador del Real Madrid Club de Fútbol.

(Sale de muy mala gana, Pepita, al quedarse sola, corre y escucha con el oído pegado a la puerta de la alcoba. Sonríe. Así la sorprende Damián, que entra)

DAMIÁN.—Buenos días, Pepita.

PEPITA.—¡Ay!

DAMIÁN.—¿Ocurre algo en el dormitorio de los señores que a usted le interese de un modo especial?

PEPITA.—Verá usted. Es que, como ayer pasó lo que pasó, una servidora quería saber si el señor ha pasado la noche en casa.

DAMIÁN.—Puede usted estar tranquila. El señor y la señora están en su habitación...

PEPITA.—¿De veras? ¡Ay, qué alegría!

DAMIÁN.—(*Preocupado*) Yo no sé si debo alegrarme tanto, Pepita. Para mí todo esto es un gran problema de conciencia.

PEPITA.—¿Qué dice?

DAMIÁN.—Paso porque el señor engañe a la señora. Estas cosas han ocurrido siempre... Yo he conocido en el Congreso caballeros muy respetables, de esos que han pasado a la Historia, que, de vez en cuando, se permitían una aventura. Y a todo el mundo le parecía muy bien. Además, a los conservadores les convenía políticamente, porque así demostraban a la oposición que, en ciertos aspectos, eran tan liberales como los propios liberales. ¿Se da usted cuenta?

PEPITA.—No, señor.

DAMIÁN.—(*Resignado*) Es lo mismo. Quiero explicarle a usted que engañar a la mujer propia, bien mirado, es cosa de caballeros... Pero, en cambio, Pepita, engañar con la mujer propia a una muchacha como la señorita Patricia, no es cosa que se ve todos los días...

PEPITA.—¡Hombre! ¿Usted cree?

DAMIÁN.—¡Oh! Anoche he conocido a fondo a esa criatura. Tuvimos una larga conversación en el cuarto de planchar. Me contó su vida. Ya tenemos mucha confianza. ¡Es tan sencilla! ¡Se da tan poca importancia! ¡Qué muchacha! ¡Qué ideas! ¡Qué sentido del orden! Como que si el difunto diputado viviera la hubiera afiliado inmediatamente al Partido.

PEPITA.—¡Ah! ¿Sí?

DAMIÁN.—¡Oh! Hubiera sido un gran elemento para la propaganda, ya lo creo... Estoy segurísimo. (*Transición*) ¿Me comprende usted ahora, Pepita? ¿Por quién debo yo, en conciencia, tomar partido: por el señor y la señora o por la víctima?

PEPITA.—¡Ay, Dios!

DAMIÁN.—¿Comprende usted mi problema de conciencia? Como que esta noche no he dormido...

PATRICIA.—*(Dentro. Furiosa)* ¡Sinvergüenza!

(Damián y la doméstica se ponen en pie muy inquietos)

DAMIÁN.—¡Oh! ¡La víctima! Pepita: se prepara una escena muy dolorosa. Y para no tomar partido, lo mejor es que nos retiremos...

PEPITA.—*(Asustada)* Sí, señor.

(Damián y Pepita salen muy preocupados. Por el fondo, Patricia, que viene de la calle. Entra como un ciclón. Cruza la escena en tromba y se dirige a la puerta de la alcoba, donde golpea furiosamente)

PATRICIA.—¡Salga! ¡Salga usted ahora mismo!

GABRIEL.—*(Dentro)* ¿Quién es?

PATRICIA.—¿Que quién es? Pero, ¿no lo sabe usted? *(Terrible)* ¡Soy su conciencia! Mujeriego, granuja, desaprensivo... ¡Golfo!

(Comienza a pasear desesperadamente por la estancia llorando y gritando. La puerta de la alcoba se abre despacito, y en el umbral aparece Gabriel. En «pyjama» y zapatillas, con un pañuelo al cuello, viene ajustándose el cinturón de la bata)

GABRIEL.—*(Tímidamente)* Buenos días, Patricia. ¿Has descansado?

PATRICIA.—*(Como una fiera)* ¡Cállese!! ¡No hable! ¡No me mire!

GABRIEL.—¡Oh!

PATRICIA.—¡Cínico! ¡Mal hombre!! ¡Sinvergüenza!

GABRIEL.—*(Muy compungido)* Patricia...

PATRICIA.—¡Bonita hazaña! Puede usted estar orgulloso. ¡Burlarse de una pobre muchacha, de una infeliz como yo! ¡Burlarse de una mujer que había puesto en él toda su fe y todas sus ilusiones!

(Mirándole de arriba abajo, en jarras, indignadísima, mientras él, humildemente, clava los ojos en el suelo)

Pero, ¿qué monstruo es usted? (*Más desesperada*) ¡Hable!! Justifíquese. ¿Es que no tiene nada que decirme? ¿Piensa usted que no ha de darme cuentas? ¡Oh, no! ¡Pues me las dará y muy estrechas!... ¡Hable!

GABRIEL.—(*Balbuente*) Sí, Patricia. Yo te diré...

PATRICIA.—(*Un grito*) ¡No! Es mejor que se calle. ¿Va usted a añadir a la traición la mentira? ¿Tiene usted alguna disculpa? ¡Claro que no! ¿Es que su perfidia tiene una excusa? ¡No, señor!

GABRIEL.—(*Muy triste*) No... Realmente.

PATRICIA.—¿No es cierto y muy cierto que esta noche me ha engañado usted con otra mujer?

(*Gabriel, con los ojos puestos en el suelo, dice que sí con la cabeza*)

¡Ay, Dios mío, que dice que sí!! ¡Ay, qué poca vergüenza! ¡Ay, qué cínico!

GABRIEL.—Verás. Yo te contaré cómo ha sido...

PATRICIA.—¡No! Eso, no. Contármelo, no. ¡Está usted hablando con una señorita, señor mío!

GABRIEL.—¡Oh!

PATRICIA.—Además, me haría daño su voz. ¡Le odio! Ha jugado usted conmigo. Es usted un malvado. ¡Ande, niéguelo! ¡Atrévase a negarlo! (*Furiosa*) ¿Es que se ha quedado usted mudo?

GABRIEL.—Pero Patricia, si no me dejas...

(*Ahora está sentado en el sofá muy contrito. Patricia se deja caer en un sillón, lejos. Toda ella es una conmovedora lamentación. Una víctima*)

PATRICIA.—¡Monstruo! ¡Monstruo! Yo le quería. Yo había creído todas sus promesas. Yo había puesto todos mis afanes para ser la mujer que él soñaba. ¡Su ideal! La mujercita dócil, insignificante, humilde, cariñosa que él necesitaba. ¿Y cómo me ha pagado? ¡Engañándome de una manera vulgar, como un hombre vulgar. Como un pobre hombre que no ha podido resistir una mala tentación... Porque eso es lo que te pasó a ti anoche. ¡Te tentó el Demonio!

GABRIEL.—Mujer... Tanto como el Demonio, no.

PATRICIA.—¡El Demonio!! Ni más ni menos. Tú no puedes comprenderlo, porque tú no tienes ninguna moral. Pero yo sí... ¿No te da vergüenza? ¿No te pones colorado? ¡Adúltero!

GABRIEL.—¡Patricia!

PATRICIA.—¡Monstruo!

(Ella rompe en sollozos. Está indignadísima)

GABRIEL.—¡Patricia!

PATRICIA.—¡Mal hombre!

GABRIEL.—Patricia, querida; si me dejases hablar, quizá pudiera hacerte comprender. Lo que ha sucedido es espantoso, lo reconozco. Ya ves. Estoy muy avergonzado... Y no sé, no sé si con esa mentalidad tuya, tan decente y tan moral, podrás hacer un esfuerzo para comprenderme. Haz ese esfuerzo, Patricia, te lo ruego. *(Un pequeño silencio. Muy turbado)* ¡Patricia! Los hombres en algunas circunstancias no somos nada. Unos pobres diablos. Una pena. ¿Comprendes? Como una mujer se empeñe... Bueno. A ti qué voy a decirte.

PATRICIA.—*(Muy escandalizada)* ¡¡Cállate!!

GABRIEL.—*(Suspira)* Verónica, anoche, se empeñó. ¿Comprendes? Es tremenda.

PATRICIA.—¡Supongo que no irás a contarme nada que yo no pueda oír!

GABRIEL.—*(Ensimismado. En cierto modo, para sí mismo)* Anoche era otra mujer, te lo aseguro. Una mujer que yo no hubiera podido sospechar... A veces, me parecía otra vez la misma de entonces. La muchacha de los primeros meses de nuestro matrimonio. Además, Patricia, no lo digo para hacer comparaciones. Pero la verdad es que Verónica anoche estaba muy seductora. Se había puesto un vestido nuevo, ¿sabes? *(Un gemido)* ¡Yo no tuve la culpa, Patricia, te lo juro!

PATRICIA.—*(Llorando)* ¡Oh! ¡Oh!

(Se abre la puerta de la alcoba y en actitud muy humilde, muy ruborosa, aparece Verónica. Pone los ojos en el suelo. Viste un precioso salto de cama)

PATRICIA.—*(En un grito)* ¡Oh! ¡Ella! ¡Mi madre!

GABRIEL.—¡Oh!

PATRICIA.—¡La que decía que iba a ser mi madre!

GABRIEL.—*(Muy apurado)* ¡Oh, oh, Patricia!

(Patricia se deja caer en el sillón y estalla en una verdadera crisis nerviosa. Lloro desconsoladamente, da pataditas en el suelo,

gime, etcétera. Verónica y Gabriel, muy solícitos, para consolarla, se sitúan uno a cada lado del sillón)

PATRICIA.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

VERÓNICA.—Pobrecita, pobrecita. ¡Cómo sufre! ¡Hay que ver! Lo ha tomado muy a pecho...

GABRIEL.—Ya te dije que le íbamos a dar un disgusto. Como es tan sensible...

PATRICIA.—¡Ay! ¡Pobre de mí!

VERÓNICA.—¡Se me parte el corazón!

(Verónica y Gabriel le dan a Patricia unos estimulantes cachetitos en la espalda)

PATRICIA.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

GABRIEL.—¡Ea, ea, querida! Un poco de calma.

VERÓNICA.—¿Quiere usted una taza de té? ¿Eh?

GABRIEL.—¿Un poco de tila?

VERÓNICA.—¿Un café muy fuerte? ¿Y unos dulces? ¿Quiere unos dulces?

PATRICIA.—¡¡No!!

(Patricia se pone en pie con violencia. Verónica y Gabriel huyen. Al cabo, se sientan muy juntos y muy compungidos en el sofá)

VERÓNICA.—¡Ay!

GABRIEL.—¡Caramba!

PATRICIA.—¡No! ¿Apártense! ¡No me toquen! ¡Los odio! No sé quién es peor. Usted es un mujeriego, sin conciencia, incapaz de resistir una mala tentación. Pero usted... ¡Usted!

VERÓNICA.—*(Muy bajito)* Me parece que le voy a dar una bofetada.

GABRIEL.—¡No! Por Dios...

PATRICIA.—Usted, señora, no tiene ningún escrúpulo. Me hizo creer que era mi amiga; que, como es tan moderna, pues todo le parecía bien. Claro que a mí en el fondo no me parecía bien que a usted le pareciera bien, porque yo, a Dios gracias, soy más a la antigua, pero, de las mujeres como usted ya se sabe que se puede esperar todo.

VERÓNICA.—¡Te digo que le doy!

GABRIEL.—¡No!

PATRICIA.—Por eso ha abusado usted de mi buena fe. Porque soy una inocente que no aprenderá nunca. *(Con muchísimas lágrimas)* Cuando pienso que anoche me encerró en el cuarto de planchar...

(Con mucho coraje toma un jarroncito de cualquier lado y lo estrella contra el suelo)

VERÓNICA.—¡Oh!

PATRICIA.—Y, por si fuera poco eso, en este momento me ofrece café con dulces...

(Tira, con mucho brío, otro objeto que se hace añicos)

VERÓNICA.—*(Muy bajo, pero indignada)* Si vuelve a romper otra cosa, la araña.

PATRICIA.—*(Plantándose ante ellos, en jarras)* Pero, señora, ¿qué clase de mujer es usted?

VERÓNICA.—¡Que la araña!

GABRIEL.—¡Quieta, Verónica!

PATRICIA.—Me voy. No puedo permanecer ni un minuto más en esta casa. Le pegaría fuego... ¡Lo rompería todo! Me pongo colorada cuando los veo juntos. Porque no supongo, señora, que para tranquilizar su conciencia por lo que ha ocurrido aquí esta noche, se empeñe usted en la idea de que, al fin y al cabo, este hombre es su marido. ¡Quia! Eso no vale. *(Con muchísimo coraje)* ¡Buenos días!

(Y sale. Verónica y Gabriel, muy juntos en el sillón, la ven salir estupefactos y luego, se miran entre sí. Están absortos)

GABRIEL.—¡Je!

(Una fulminante transición de Verónica que se pone en pie furiosa, terrible)

VERÓNICA.—Pero, ¿es que va a salir de mi casa sin que yo le dé una bofetada?
¡No!

GABRIEL.—*(Aterrado)* ¡Verónica! ¡Eso, no!...

VERÓNICA.—¡Déjame!

GABRIEL.—¡Verónica! ¿Qué vas a hacer?

VERÓNICA.—¡Te digo que me dejes!

(Y escapa por el fondo en una alarmante actitud. Gabriel, asustadísimo, no sabe qué hacer y comienza a dar paseos por la habitación, sin dejar de llamar a Verónica)

GABRIEL.—¡Verónica! ¡Verónica! ¡Verónica! ¡Oh!

(Se deja caer en el sofá, desesperado. Un silencio. Escucha con emoción. En el fondo surge Bobby cautelosamente)

BOBBY.—¡Chis! ¡Chis!

GABRIEL.—¡Bobby!

BOBBY.—No tema... No ha pasado nada. Estaba yo en el vestíbulo... ¡Je!

GABRIEL.—*(Un suspiro)* ¡Oh, gracias!

BOBBY.—Patricia me espera abajo, en el coche. Y Verónica está llorando un poco... Lo natural. Dentro de un momento volverá aquí tan fresca como un rosa. Estas mujeres... Usted perdone que me haya presentado en su casa tan de mañana. Me figuré todo lo que iba ocurrir y la verdad, por nada del mundo hubiera querido perderme la escena. Pero no se asuste... Estoy aquí por última vez. ¡Je! Me marcho de Madrid.

GABRIEL.—¿A dónde?

BOBBY.—¡A provincias!

GABRIEL.—¡Hombre!

BOBBY.—Sí, sí. A una provincia. Me da igual una que otra. A Logroño, a Soria, o a Segovia... Pero me marcho. Verá usted. Después de mucho pensar en todas estas cosas y en mí mismo, he decidido marcharme de Madrid. A cualquier sitio donde no me conozcan y, por eso mismo, me llamen don Roberto, en vez de Bobby, que es lo que ya requiere mi edad... En Madrid soy demasiado conocido, y nunca dejaré de ser lo que soy ahora. ¡El gran Bobby! Ese viejo golfo de Bobby... *(Muy serio)* Además, me voy a casar.

GABRIEL.—¿Qué dice usted?

BOBBY.—Sí, sí. Me caso. ¡Je! ¿No adivina usted con quién? ¡Me caso con Patricia!

GABRIEL.—¿Se ha vuelto usted loco?

BOBBY.—*(Sensatamente)* Pero, hijo mío, si más decente yo no la voy a encontrar... Ya, ya verá usted. Nos casaremos y seremos muy felices. Vaya, vaya si lo seremos. Estas muchachas, en el matrimonio, dan muy buen resultado. Además, como está visto que ella lo que quiere es ser decente, yo pienso que así puede ser todo lo decente que le dé la gana, pero de verdad, y sin dar la lata a nadie. ¿No cree usted? ¡Je! Y ahora, Gabrielito, hijo, un abrazo.

GABRIEL.—Adiós, Bobby.

BOBBY.—No nos volveremos a ver. Pero lo siento. Les he tomado cariño. Usted es un gran muchacho. Y Verónica... ¡Oh, Verónica! No he conocido otra mujer igual. No, no se moleste. Conozco el camino. *(Con entusiasmo)* ¡Qué contento estoy! Ya me estoy viendo en provincias. Yo, en el casino. Y ella, organizando Juntas de Beneficencia y Buenas Costumbres, que es lo suyo... Y tan ricamente los dos. ¡Je! Buenos días.

(Sale Bobby. Gabriel queda solo en escena. Se tumba en el sofá y enciende un cigarrillo. Se queda mirando al techo pensativo. Vuelve Verónica y muy despacio llega hasta él. Sonríe feliz, viéndole. Gabriel va a hablar, pero ella suavemente le tapa la boca con una mano)

VERÓNICA.—No, no, no. Eso, no. Estoy segura de que ibas a pedirme perdón. Y no quiero, ¿lo oyes? No quiero.

GABRIEL.—Gracias.

(En silencio, emocionado, la atrae hacia sí y la besa)

VERÓNICA.—¡Oh! ¡Cuánto tiempo hacía que no me besabas así!

GABRIEL.—Sí. Mucho tiempo. *(Un suspiro)* A veces pienso que estoy loco cuando creo que puedo vivir sin ti...

VERÓNICA.—¡Mi querido loco!

(Gabriel ya se ha incorporado; habla como respondiendo a un idea)

GABRIEL.—Está bien. Todo ha terminado... Ya me has vencido, una vez más. Hemos jugado y yo he perdido; como siempre. Después de esta escapada vuelvo derrotado y a tus pies. ¡Soy tu botín de guerra!

VERÓNICA.—*(Encantadísima)* ¡Sí, sí! Eso es.

GABRIEL.—*(Mirándola fijamente)* ¡Verónica! ¿Qué vas a hacer conmigo?

VERÓNICA.—¿Qué quieres decir?

GABRIEL.—¡Sí! ¿Qué vas a hacer conmigo? ¿Qué va a ser de nuestra vida de hoy en adelante? ¿Continuarás siendo la misma? ¿Piensas seguir llamándome pobrecito? Piénsalo, Verónica. Mira que no lo resistiré.

VERÓNICA.—*(Le mira de arriba abajo, muy risueña; sonrío)* Espera... *(Toca un timbre)*

GABRIEL.—¿Qué haces?

VERÓNICA.—¡Chiss! Es una sorpresa. (*Entra Damián*).

DAMIÁN.—Señora.

VERÓNICA.—¡Damián! Aquí está el señor. ¡Mírale bien!

DAMIÁN.—Ya, ya le veo, señora.

VERÓNICA.—¡Damián! (*Con energía*) ¡El señor no es ningún infeliz! ¡El señor es un hombre mucho más importante de lo que parece! ¡El señor tiene muchísimo talento!

GABRIEL.—(*Ruborizado*) Mujer... Tanto como eso.

VERÓNICA.—(*Inexorable*) ¡Te digo que tiene mucho talento, Damián!

DAMIÁN.—No lo he dudado nunca, señora.

VERÓNICA.—¿Cómo no ha de tener talento un hombre que es el número uno de su promoción de la Escuela de Ingenieros?

DAMIÁN.—En efecto, en efecto.

GABRIEL.—(*Modestamente, pero satisfechísimo*) Vamos, vamos, no es para tanto... Después de todo, ya se sabe. En cada promoción hay muchos números uno.

VERÓNICA.—¿Qué estás diciendo?

GABRIEL.—Bueno. Yo quería decir... No sé. ¡Je!

VERÓNICA.—Escucha, Damián. Te he llamado para decirte que desde hoy todo ha cambiado en esta casa. ¡Aquí solo se hará lo que mande el señor!

GABRIEL.—(*Emocionadísimo*) ¡Verónica! ¿Qué estás diciendo?

VERÓNICA.—¿Me has oído, Damián? Yo no soy nada. No significo nada. Desde hoy solo seré lo que he debido de ser siempre. ¡Una esclava del señor!

GABRIEL.—¿Te has vuelto loca?

VERÓNICA.—¡Damián!

DAMIÁN.—¡Señora!

VERÓNICA.—Voy a darte mi última orden. ¡Te ordeno que no me obedezcas!

DAMIÁN.—(*Estupefacto*) ¡Señora!

(*Gabriel, emocionadísimo, va hacia Verónica y le coge las manos*)

GABRIEL.—Pero, querida, ¿qué has dicho? ¿Es cierto todo esto? ¿No me engañas? ¿Dices que en mi casa voy a mandar yo?

VERÓNICA.—¡Sí!

GABRIEL.—¿No estoy soñando? Dime que no sueño, porque si no, no me lo puedo creer...

VERÓNICA.—¡No! No sueñas... A partir de hoy, nuestra vida será lo que tú dispongas que sea. Voy a ser una mujer nueva. La que tú quieras. Una mujer humilde, dócil... ¡La otra! Tu sueño, Gabriel. Se acabó esa Verónica intrépida y dominante. ¡Te lo juro!

GABRIEL.—Si fuera verdad, si fuera verdad...

VERÓNICA.—¡Lo será! *(Sonríe)* Ya lo es. Esta era mi sorpresa. ¿Estás contento? ¿Es así como tú me quieres?

GABRIEL.—Verónica, no puedo hablar. Estoy tan emocionado...

DAMIÁN.—Yo también estoy muy conmovido. Permítame que le felicite, señor.

GABRIEL.—¡Gracias, Damián!

(El señor y el criado se abrazan con indudable emoción)

DAMIÁN.—¡Oh!

(Damián sale. Verónica y Gabriel, frente a frente)

VERÓNICA.—Todavía tengo que decirte algo más. ¡Gabriel! *(Con los ojos bajos. Con cierto esfuerzo)* Me gustaría muchísimo que me llevaras a pasar unos días a Zaragoza...

GABRIEL.—*(Un grito)* ¡Verónica! *(Gozosísimo)* ¿Serías capaz, por fin, de ir conmigo a Zaragoza?

VERÓNICA.—¡Sí!

GABRIEL.—¡No! ¡No puede ser!

VERÓNICA.—*(Con todo heroísmo)* ¡Iremos a Zaragoza!

(Entra Damián. Trae una gran bandeja con el desayuno de los señores)

DAMIÁN.—El desayuno de los señores. Café para el señor, té para la señora...

VERÓNICA.—No, no y no. Desde hoy tomaré yo también café como el señor. Es lo mejor. Después de todo, tomar té por la mañana es una extravagancia...

(Gabriel, muy complacido, le toma una mano y se la besa)

GABRIEL.—¡Gracias, querida!

DAMIÁN.—El correo. Dos cartas para la señora. Tres para el señor...

VERÓNICA.—No, no. Todas para ti. Desde hoy quiero que abras tú mis cartas. No tendré nada oculto para ti. Y hasta las puedes contestar tú mismo, si quieres. ¿Qué te parece?

GABRIEL.—*(Muy contento)* ¡Estupendo! Entonces, toma tú las mías. Léelas. *(Riendo divertidísimo)* ¡Y lo mejor será que las contestes tú! ¿Quieres?

VERÓNICA.—*(Encantada)* Eso, eso... ¡Trae!

GABRIEL.—Oye. ¿Verdad que llevarse bien es muy divertido?

VERÓNICA.—¡Muchísimo!

GABRIEL.—(*Alborozado*) ¡Qué bien lo vamos a pasar desde hoy!

VERÓNICA.—¿Eres feliz?

GABRIEL.—¡Soy el hombre más feliz del mundo!

*(Se ríen los dos. Él le toma otra vez la mano y se la besa.
Desayunan ofreciéndose mutuamente golosinas)*

DAMIÁN.—Ejem... Puesto que el señor ha de dar todas las órdenes, ¿quiere hacer el señor alguna indicación especial para el almuerzo? ¿Desea el señor algún plato especial?

GABRIEL.—(*Rápidamente*) ¡Arroz!

DAMIÁN.—¿Arroz?

GABRIEL.—Sí, sí. Me vuelve loco. ¡Palabra! Y hace muchísimos años que no lo pruebo. Como a ti no te gusta...

VERÓNICA.—¿Has oído, Damián? Dile a la cocinera que ponga arroz en el almuerzo todos los días...

GABRIEL.—(*Con alguna alarma*) ¿Todos los días? ¿No será demasiado?

VERÓNICA.—¡Todos los días! Es un capricho tuyo, y en esta casa tus caprichos son órdenes...

GABRIEL.—¡Oh!

DAMIÁN.—Puedo preguntar al señor si habrá algún invitado para el almuerzo o para la comida?

GABRIEL.—No, querido Damián... Mi idea fue siempre comer a solas con mi mujer. Lo he deseado tanto: sobre todo en esos días horribles en que teníamos la casa llena de gente... Aún recuerdo con nostalgia los primeros meses de nuestro matrimonio: tan solos, tan felices. ¿Te acuerdas de nuestras cenas en la terraza de aquel ático pequeñito? Era verano. En la esquina había un bar con un gramola que tocaba todas las noches, muchas veces el «Siboney».³ Cuando terminábamos de comer, tú y yo solos en la terraza, con la música del bar bailábamos como dos chiquillos. Éramos dos muchachos locos y alegres. Pero éramos tan felices los dos... Te juro que desde entonces, cada vez que oigo el «Siboney» se me saltan las lágrimas.

(Verónica va hacia él conmovida)

³ *Siboney*: bolero popularizado por el cantante cubano Antonio Machín (1903-1977). Puede escucharse en <http://www.eraseletras.com/2009/08/siboney-antonio-machin.html> (20 oct. 2009).

VERÓNICA.—¡Gabriel! ¡Mi Gabriel! Te prometo que aquellas noches volverán. Volveremos a ser los mismos de entonces. *(Transición)* ¡Damián!

DAMIÁN.—¡Señora!

VERÓNICA.—¡Di a la doncella que vaya a comprar un disco del «Siboney»! ¡Vamos!, ¡date prisa!

DAMIÁN.—¡Sí, señora!

(Sale Damián, presurosamente)

VERÓNICA.—Volveremos a cenar solos, siempre solos. No invitaremos a nadie. No saldremos de noche. No iremos al cine porque tú te duermes, y es muy natural. Ya se sabe que todas las personas inteligentes se duermen en el cine. Pasaremos las veladas juntos, aquí; muy juntos. Y ya verás, ya verás qué dichosos vamos a ser cuando pongamos en la gramola el «Siboney». ¿Es todo eso lo que tú quieres, Gabriel?

GABRIEL.—*(Emocionado)* Sí, todo eso.

VERÓNICA.—¿Estas contento?

GABRIEL.—Muy contento.

VERÓNICA.—¿Estás satisfecho de mí?

GABRIEL.—Estoy orgulloso de ti. Pero, dime, Verónica: ¿eres tú? Esta nueva mujer, ¿eres tú?

VERÓNICA.—No, Gabriel, no soy yo... He vuelto a ser la de antes, la otra, la que tú deseas ahora, la que no quisiste entonces. Desde este momento quiero ser cada día la mujer que tú desees. Para ti, siempre puedo ser la otra...

GABRIEL.—¡Oh, Verónica!

VERÓNICA.—¿Te gusta?

GABRIEL.—Sí.

(Mira en torno, como en una inefable toma de posesión de todo lo que le rodea. Sonríe plácidamente)

De manera que, desde hoy, no tendremos ni amigos ni invitados. No saldremos de noche ni a fiestas ni a teatro. Nada de eso... Tú y yo, siempre solos, aquí. Oyendo el «Siboney» todas las noches, que es muy bonito. *(De pronto)* ¡Ah! Y comeremos arroz todos los días.

VERÓNICA.—Sí.

(Al fin de sus palabras Gabriel ha ido transformando su sonrisa, inconscientemente, en un gesto de honda preocupación)

GABRIEL.—Pues lo vamos a pasar muy bien.

VERÓNICA.—(*También preocupadísima*) Muy bien. (*Silencio*) Será una vida deliciosa.

GABRIEL.—Eso creo yo.

(Se separan. Ella se sienta en el sofá y toma un periódico, que repasa distraídamente. Él marcha hasta el balcón del fondo con un aire repentinamente ausente. Un gran silencio)

GABRIEL.—(*Desde allí, mirando a la calle*) ¿Qué haremos esta tarde...?

VERÓNICA.—(*Dócilmente*) Lo que tú mandes.

GABRIEL.—Bueno. Pero si tú tenías algún plan...

VERÓNICA.—No, no, nada. (*Un silencio*)

GABRIEL.—Es que a mí, ahora, no se me ocurre cómo podíamos pasar la tarde...

VERÓNICA.—No importa. Ya se te ocurrirá una buena idea.

GABRIEL.—(*Tímidamente*) Sí te parece, si tú quieres, claro, podíamos merendar en el campo...

VERÓNICA.—¿Te gustaría?

GABRIEL.—Muchísimo.

VERÓNICA.—Entonces, a mí también. El campo es muy divertido. Me gusta.

GABRIEL.—Pero hay que tener cuidado. Seguramente, al atardecer refrescará...

VERÓNICA.—Sí, eso sí. Por las tardes ya hace frío. Es peligroso.

GABRIEL.—Lo mejor será que no vayamos al campo. ¿Eh?

VERÓNICA.—Eso creo yo. No iremos.

(Gabriel, en el fondo todavía, se vuelve muy irritado y grita)

GABRIEL.—¡Verónica!

VERÓNICA.—(*Sorprendida*) ¡Gabriel!

GABRIEL.—Te advierto que, en nuestra nueva situación, no es preciso que extremes tanto la docilidad y la mansedumbre... No quiero verte convertida en una esclava. ¿Me oyes?

VERÓNICA.—¡Gabriel!

GABRIEL.—¡No soy un ogro ni un tirano! ¡No quiero que seas el eco de todo lo que yo diga! ¡Eso, no! Además, no soy un niño al que hay que darle la razón constantemente para que no se enfade. ¿Te enteras? No es eso, no es eso... Si continúas por ese camino acabaré prefiriendo la mujer que eras antes. Sí, sí, sí. No me mires así. Aquella mujer dominante y orgullosa tenía más

encanto. Era una delicia verte con tu aire indómito, tan dominador, tan maravillosamente segura de sí misma...

VERÓNICA.—(*Atónita*) ¡Gabriel! ¿Qué significa esto?

(Gabriel la mira intensamente, en silencio. Una pausa fugacísima. Luego corre hacia ella, se arroja de rodillas a sus pies, y esconde la cabeza en su regazo)

GABRIEL.—(*Con gozosa angustia*) ¡Oh, Verónica, Verónica! Quiero pedirte algo.

¡Pero no me lo niegues, Verónica!... ¡No me lo niegues!

VERÓNICA.—(*Acariciándole la cabeza, casi sin voz*) Querido... Pídemelo.

GABRIEL.—¡Llámame pobrecito! Por favor. ¡Vuelve a llamarme pobrecito!

(Ella le rodea la cabeza con sus brazos y le besa con infinita ternura)

VERÓNICA.—Como tú quieras, lo que tú quieras. ¡Pobrecito! Pobrecito mío. Te quiero tanto, tanto...

TELÓN



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE